



PEDRO FRANCISCO BONÓ

EL MONTERO



EL MONTERO

CLÁSICOS DOMINICANOS
COLECCIÓN DEL INSTITUTO SUPERIOR DE FORMACIÓN DOCENTE SALOMÉ UREÑA
SERIE I. NARRATIVA



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA
ISFODOSU

JUNTA DIRECTIVA

Andrés Navarro Ministro de Educación

Denia Burgos Viceministra de Asuntos Técnicos Pedagógicos, Ministerio de Educación

Carmen Sánchez Directora General de Currículo, Ministerio de Educación

Andrés de las Mercedes Director Ejecutivo del Instituto Nacional de Formación y Capacitación del Magisterio (INAFOCAM)

Eduardo Hidalgo Presidente de la Asociación Dominicana de Profesores (ADP)

Altagracia López, María Amalia León, Ramón Flores, Manuel Cabrera, Miguel Lama,

Magdalena Lizaro, Radhamés Mejía, Rafael Emilio Yunén, Ramón Morrison

y **José Rafael Lantigua**, Miembros

Julio Sánchez Mariñez Rector

AUTORIDADES ACADÉMICAS

Julio Sánchez Mariñez Rector

Rosa Kranwinkel Aquino Vicerrectora Académica

Julio César Mejía Martínez Vicerrector de Investigación y Postgrado

Marcos Vega Gil Vicerrector Ejecutivo, Recinto Félix Evaristo Mejía

Mercedes Carrasco Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Juan Vicente Moscoso

Franco Ventura Vicerrector Ejecutivo, Recinto Luis Napoleón Núñez Molina

Luis Manuel Mejía Director Académico, Recinto Eugenio María de Hostos

Jorge Sención Vicerrector Ejecutivo, Recinto Urania Montás

Ana Julia Suriel Vicerrectora Ejecutiva, Recinto Emilio Prud'Homme

Jorge Adalberto Martínez Director de la Escuela de Directores

Anexis Figuereo Representante del Profesorado

Braulio de los Santos Representante de los Directores Académicos

Fidencio Fabián Director de Planificación

Raquel Pérez Directora Administrativa Financiera

Jeremías Pimentel Representante Estudiantil



PEDRO FRANCISCO BONÓ

EL MONTERO

PRÓLOGO DE RAYMUNDO GONZÁLEZ



EL MONTERO | Pedro Francisco Bonó

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS, Serie I. Narrativa.

Dirección general Julio Sánchez Maríñez, Rector
Coordinación Yulendys Jorge, Directora de Comunicaciones

Dirección editorial Margarita Marmolejos V.
Diseño de interiores y portada Ana Zady Gerardino
Diagramación Julissa Ivor Medina
Corrección Thelma Arvelo, Janet Canals, Vilma Martínez y Apolinar Liz

ISBN 978-9945-8972-2-7

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.
Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, República Dominicana, 2017.

P R E S E N T A C I Ó N



El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, ISFODOSU, tiene como misión fundamental formar profesionales de la educación y, como visión estratégica, constituirse en la institución de referencia de la formación docente en República Dominicana, compromiso que impone la asunción de amplias responsabilidades y retos en su quehacer educativo.

En ese marco se inscribe la iniciativa de publicar colecciones editoriales que recojan obras de gran importancia literaria, histórica o académica, para ponerlas a disposición de los docentes en formación y en ejercicio y, en general, de toda la ciudadanía. Así, estas colecciones incluirán obras que forman parte del patrimonio intelectual y cultural dominicano, y es nuestro mayor interés facilitar y fomentar su conocimiento y disfrute.

Con esta primera colección, «Clásicos Dominicanos. Serie I. Narrativa», se inicia nuestra labor editorial sistemática, a la que esperamos dar sostenibilidad con la publicación de otras colecciones que, como esta, contribuyan a una mejor formación de nuestros futuros docentes, del magisterio nacional y de una población lectora cada vez más esforzada en el conocimiento de su cultura y su historia y en su desarrollo intelectual.

Los títulos de esta primera colección son tan relevantes como lo fueron sus autores y tan trascendentales como lo es su permanencia en el tiempo: *El monterero*, de Pedro Francisco

Bonó; *Over*, de Ramón Marrero Aristy; *Cuentos Cimarrones*, de Sócrates Nolasco; *Cartas a Evelina*, de Francisco E. Moscoso Puello; *Crónicas de Altocerro*, de Virgilio Díaz Grullón; *La fantasma de Higüey*, de Francisco Javier Angulo Guridi; *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván; *La sangre*, de Tulio Manuel Cestero; *Trementina, clerén y bongó*, de Julio González Herrera; y *Guanuma*, de Federico García Godoy.

Para seleccionar estas obras agradecemos la valiosa cooperación de Mu-Kien Sang Ben, presidente de la Academia Dominicana de la Historia; Bruno Rosario Candelier, presidente de la Academia Dominicana de la Lengua y Rafael Peralta Romero, miembro; Dennis Simó, director ejecutivo de la Sociedad Dominicana de Bibliófilos; Remigio García y Raymundo González, de la Dirección General de Currículo del Ministerio de Educación; Pablo Mella, Ruth Nolasco y María José Rincón, asesores del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, y esta última miembro de la Academia Dominicana de la Lengua.

En honor a esos excelentes autores y sus obras elegidas, hemos querido contar como prologuistas con diez reputadas firmas de intelectuales y escritores dominicanos: José Alcántara Almánzar, Soledad Álvarez, Roberto Cassá, Ruth Nolasco, Raymundo González, Miguel Ángel Fornerín, José Rafael Lantigua, Mu-Kien Sang Ben, José Mármol y Jochy Herrera, quienes con entusiasmo y absoluta disposición aceptaron ser parte de este esfuerzo editorial del Instituto, por la conservación, difusión, enriquecimiento y desarrollo del patrimonio intelectual y cultural de la sociedad dominicana.

Julio Sánchez Maríñez
Rector

P R Ó L O G O



Pedro Francisco Bonó Mejía nace en Santiago de los Caballeros en 1828, en el seno de una familia de comerciantes. Este fue un sector social que jugó un papel protagónico durante el siglo XIX, que se caracterizó por procesos de ruptura del pacto colonial y la diferenciación nacional dominicana como república independiente. En ese contexto Bonó fue prócer de la Restauración de la República (1863-1865) y desde antes había descollado como una de las figuras principales del liberalismo democrático cibaeño junto a Ulises Francisco Espaillat y Benigno Filomeno Rojas.

Santiago de los Caballeros, la ciudad y su entorno, está situada en el centro de la región del Cibao; o mejor, en la frontera entre dos subregiones geográficas: el Cibao Central, que se extiende hacia el oeste hasta la Línea Noroeste, regado por el río Yaque del Norte, y el Cibao Oriental, a su vez regado por los ríos Camú y Yuna. Ambas subregiones configuran el gran valle del Cibao, también con un importante papel en el afianzamiento del estado nacional en la referida centuria. El «Cibao histórico» del siglo XIX, como lo ha llamado el investigador Pedro San Miguel (2012: 92), excede los límites geográficos del valle para dar raigambre social a la independencia dominicana a través de su población más característica: los campesinos.

Ese Cibao histórico decimonónico tuvo como eje principal de desarrollo la relación entre dos ciudades: una mediterránea, Santiago, centro comercial de la región que

para la segunda mitad del siglo XIX reunía en su entorno la mayor concentración de población del país, y la otra portuaria, por donde tenía salida al exterior la producción agropecuaria de la región cibaëña: Puerto Plata, entonces la más cosmopolita de las ciudades dominicanas, debido a la recepción de inmigrantes y, sobre todo, al activo comercio que desde allí se realizaba con las Antillas, Estados Unidos de América y Europa (Zeller, 1977: 27-51).

Nuestro autor vivió en estas dos ciudades y entrambas adquirió su formación intelectual. Fue autodidacta. Refiere Bonó que en su juventud tuvo «por compañera a la pobreza y no habiendo podido adquirir la instrucción clásica de otros jóvenes» (Bonó, 2000, t. I: 165). Como compensación, también recuerda lo que significó vivir sus años mozos en Puerto Plata: «Mi abuela era francesa y en su compañía pasé la primera mitad de mi vida. [...] Criado por ella que profesaba a la patria de sus mayores un culto ciego y exclusivo, bebí a la Francia por todos los poros»... (Bonó, 2000, t. I: 165-166). Es en este periodo, a los veintitrés años de edad, cuando escribe la novela que nos ocupa. Posteriormente, pudo ampliar sus estudios a través de sendos viajes a los Estados Unidos de América, exiliado tras el restablecimiento del dictador Santana, en 1858, y a Europa, en 1875. Aunque desde temprano mantuvo el hábito de lectura que nutría mediante pedidos de libros que hacía regularmente a través de algunos consignatarios de Santo Domingo y Puerto Plata. Inclinado al estudio de la filosofía social de su época supo combinar las exigencias teóricas con su agudo sentido de observación de la realidad social concreta. Para Rufino Martínez (1971: 75) Bonó «no descuida el seguir el curso progresivo de los conocimientos, especialmente en cuanto a las ciencias del espíritu, manteniendo la curiosidad e interés del verdadero intelectual».

Esa formación se la proporcionó el medio social cibaëño al que perteneció. Pero fue su temprana curiosidad traducida en observaciones sociales, junto a su interés y talento, la responsable de los conocimientos que le abrieron la puerta a los círculos intelectuales

de su región y luego del país. Sus conocimientos, de carácter literario, económico, sociológico y jurídico, le valieron luego para desempeñar diversas funciones públicas y aun desarrollar una crítica social e histórica que abarcó el conjunto de la sociedad dominicana. Bonó inauguró, en palabras de Roberto Cassá (1998: 7), «un estilo de pensamiento» en la República Dominicana:

«Abandonó la perspectiva política propia del pensamiento liberal en el medio dominicano, y se propuso determinar factores sociales en la realidad de la época. La crítica, así, se fundió con una consideración histórica y sociológica que no tenía precedentes en el país». (Cassá, 1998: 12).

De esa manera hurgó en la experiencia social del pueblo dominicano para buscar en ella el sustento viable para un proyecto nacional que incluyera a las clases populares como sujetos clave. Ya había abandonado, desde 1865, la ciudad de Santiago de los Caballeros; se trasladó a San Francisco de Macorís, para entonces prácticamente una aldea. Se marginó de los cargos públicos y de la política partidista. Bonó, como otros intelectuales de su época, entre los que destacan Mariano Antonio Cestero y José Gabriel García, se alejó de proselitismos y banderías partidarias, sin dejar de exponer sus reflexiones y puntos de vista críticos sobre la marcha de la economía, la sociedad y la política dominicanas a través de la prensa.

Realizó estudios y reflexiones a partir de sus penetrantes observaciones de la sociedad dominicana; en los mismos incorporó consideraciones metodológicas y teóricas de su tiempo. Tenía por horizonte de esos estudios el equilibrio de fortunas y la justicia social en la república, que lo llevó a esbozar un proyecto nacional articulado desde las clases populares rurales y urbanas hasta entonces excluidas de tales proyectos. Estas últimas, que Bonó llamó «las clases trabajadoras dominicanas», figuran en el centro de sus reflexiones sociales. Es en este periodo cuando produce sus ensayos más importantes: *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas (1880)*,

Opiniones de un dominicano (1884), *La República Dominicana y la República de Haití (1885)* y *Congreso extraparlamentario (1895)*, en los que delinea su propuesta alternativa que sabía utópica e incomprendida: «Clamo en mi desierto», decía en 1880. Razones similares le llevaron también a rechazar las diversas propuestas que recibiera del general Luperón y otras personalidades para que ocupara la Presidencia de la República.

El sujeto de la novela *El montero* es el campesino del mismo nombre. La figura social del montero apareció desde muy temprano en la sociedad colonial dominicana. La cacería de animales monteses se convirtió desde el siglo XVI en un modo de vida que se extendió en la siguiente centuria y aun fue adaptándose posteriormente a las cambiantes condiciones económicas y políticas. Este se transformó con la sociedad general de la que formaba parte y así llegó al siglo XIX con características específicas que se encuentran con cierto detalle en esta novela. La imagen histórica del montero descrita por Bonó es más que nada una realidad presente en el entorno rural de su época. A título especulativo, pues carecemos de certeza acerca de ello, no hay que dudar que el autor tuvo la oportunidad de conocer de cerca dicha realidad, pues no fueron raras las excursiones y visitas al campo desde las ciudades. Es probable que de ese contacto surgiera el tema que se le impone a Bonó para su novela.

A juicio de Pedro Henríquez Ureña en «la historia literaria de la América española, (...) la novela tiene escaso florecimiento y (...) su aparición es tardía». (Henríquez Ureña, 1990: 346-347). No hay producción de novelas en la colonia, según el crítico, debido a las disposiciones legales que desde 1532 y 1543 la prohíben para todas las colonias. Por eso las primeras surgen en el periodo de la independencia en México (1816), aunque solo van apareciendo lentamente; en Argentina tiene que esperar hasta 1851. Y anota otros factores, de índole económico y cultural: «Hubo, en los comienzos, falta del hábito de escribirlas; después, y por encima

de todo, dificultades editoriales; no hay muchas novelas, ni libros de aliento, donde faltan medios de publicarlos». (Henríquez Ureña, 1990: 348).

La novela *El montero* constituye el primer escrito conocido de Pedro Francisco Bonó. Además, hasta donde alcanza la investigación moderna, *El montero* es la primera novela escrita en la República Dominicana. Desde luego, esta primacía nada tuvo que ver con la voluntad del autor, para quien este hecho debió pasar desapercibido. Más bien siguió tendencias comunes a la literatura española y, en particular, al continente hispanoamericano. De hecho, el que esta pequeña novela se encuentre entre las primeras escritas en el país resulta significativo por varios conceptos que examinamos a continuación.

La imagen del montero que ilustra Bonó es la de un sector social existente en la realidad dominicana de su tiempo. Si bien este sector provenía del mundo colonial, no busca rechazarlo, erradicarlo o aminorarlo, como supone Rodríguez Demorizi, sino más bien intenta presentar la compleja realidad de la sociedad rural de la época. Por eso resulta infundado el criterio expuesto por este historiador en su «Prefacio» a la primera edición dominicana de dicha novela, cuando dice:

«El mundo novelesco de Bonó no podía estar más allá de sus ojos, sino en el paisaje y en el drama social que tenía ante sí: el campo, en su más bárbara expresión, la montería, y el individuo, el dominicano de la más ínfima escala, el montero». (Rodríguez Demorizi, 2010: 965).

En cambio, tiene razón Rodríguez Demorizi, cuando señala que: *«El montero tiene, además, el mérito de ser nuestra primera novela realista, nacida tempranamente, que apareció en la misma época en que el realismo, antípoda del romanticismo, triunfaba en Francia y se difundía en España, a mediados del siglo pasado, tiempo de auge del costumbrismo».* (Rodríguez Demorizi, 2010: 965).

Pero este autor subrayó en demasía el costumbrismo, al subtitular a *El montero* «novela de costumbres», dejando a un lado

su carácter realista, al igual que otras novelas latinoamericanas de la época. En efecto, describe las costumbres, aunque no de modo patético, a guisa de «encarnación de la pobreza de antaño», como pretende Rodríguez Demorizi. Tampoco lo hace de forma pintoresca ni folclórica como aparece en la novela picaresca ni se encuentra en ella la imagen del campesino cómico o bobo, al estilo de los personajes Juan bobo y Pedro animal. Se aleja también, como señala Di Pietro (1993: 43-44), de la visión idealizada que le atribuye Rodríguez Demorizi, ya sea de un personaje campesino virtuoso, útil o ejemplar.

En todo caso, Bonó pone sus descripciones de las costumbres al servicio de la explicación del imaginario social de los monteros, dentro del cual se hace comprensible el conjunto de actitudes (incluida la violencia, por supuesto, pero también el respeto y el honor) que expresan los personajes de su novela ante el conflicto amoroso que conforma la trama. Aún más: el autor ensaya una propuesta de solución al tipo de violencia que se desata en dicho grupo social, de la que podría el lector colegir que esta se presenta con relativa frecuencia, propuesta que solo tiene cabida si se trata de una novela realista. El prisma ideológico desde el cual observa Bonó se corresponde más con criterios jurídicos procedentes de la ilustración y el liberalismo democrático en boga. En términos literarios, puede decirse, guardando las distancias, que la novela de Bonó se inscribía en la tradición realista de la novela española, al tiempo que se enmarcaba en las tendencias generales vigentes para su época que, de acuerdo con Amado Alonso, dieron lugar a «la novela histórica del naturalismo» (Rama, 1975: 23-24). La novela de Bonó se aleja de las mistificaciones del pasado. La imaginación del autor, por el contrario, busca acercar a sus lectores «al hombre vivo y a lo que lo rodea en el máximo grado», facilita así «un mejor conocimiento del hombre y la vida social» al proporcionar una vista de conjunto difícil de obtener por otros medios. Carlos Rama entiende que este tipo de novelas puede jugar un papel importante

en la enseñanza de la historia y aun «en el despertar de la vocación por la Historia» (Cfr. Rama, 1975: 42-47).

El montero se publicó en París en 1856, en formato de folletín, en las páginas del semanario *El Correo de Ultramar*, para «entonces único periódico español ilustrado [...] que publicaba en París el distinguido don Eugenio Ochoa» (Alfau Durán, 1997: 340). El «folletín» consistía en una sección fija en la que se colocaban las novedades literarias del momento por capítulos o entregas. Se trata por tanto de literatura popular, es decir, para el gran público, ya no de tema religioso como era común hasta entonces, generalmente vidas y milagros de santos y devocionarios; por lo que el fenómeno implicaba tendencias como «la creciente laicización de la literatura», además de estar inscrito en «las transformaciones socioeconómicas provocadas por el ascenso de la burguesía» (Rivera, 1968: 9-10). Dicho formato favoreció también que sirviera para ilustrar a las clases trabajadoras; en nuestro país, es conocido que los artesanos, en particular de las tabaquerías, cuyos talleres contaban con un lector que día tras día, en voz alta, leía estos folletines para todos los trabajadores, incluido los no letrados, que así se familiarizaban con las obras literarias de los escritores del momento.

La novela de Bonó se publicó en doce entregas sucesivas que corresponden a otros tantos capítulos. El argumento se desarrolla linealmente en un hilo cronológico que va desde el regreso de Manuel de una montería infructuosa poco antes de celebrar sus bodas con su prometida María, hija de Tomás y Teresa, hasta el ajusticiamiento de Juan a manos de Manuel, tras haber cometido la violación y estupro contra su esposa María. Los primeros tres (I-III) folletines (capítulos) contienen el escenario general, el paisaje geográfico y humano de la zona de Matanzas (hoy en la provincia María Trinidad Sánchez); además, presentan los personajes principales del drama; y concluye describiendo la bachata o fiesta rural. Los dos capítulos siguientes (IV-V) plantean el cénit del

conflicto y el primer crimen de Juan, quien resulta un montero cobarde. Por contraste, el capítulo VI nos presenta el hermoso ejemplo de heroísmo de Manzanilla, perro fiel y compañero de Manuel en sus cacerías. En los folletines VII y VIII asistimos a la curación de Manuel de las heridas inferidas por Juan y a continuación se celebran las bodas de María y Manuel; pero Juan aparece en medio de la fiesta, dando muerte a Tomás, el padre de la novia, y el criminal se escapa de nuevo. Es aquí donde el autor de la novela reflexiona sobre los agentes determinantes de la violencia rural. Los capítulos finales, del IX al XII, narran la forma en que parece volver todo a la normalidad, aunque a sabiendas de la amenaza que representa Juan para la tranquilidad de la familia de Manuel, María y su madre Teresa. En efecto, el padre de Manuel enferma y muere, y esto obliga a Manuel a ausentarse de la casa que antes fuera de Tomás, quedando a solas Teresa y María. La circunstancia devuelve a la escena a Juan quien obsesionado por el amor no correspondido de María la somete por la fuerza, obligándola a tener relaciones en medio del conuco de plátanos. Así llega el desenlace que cierra la historia. Al final se ha hecho justicia, ya que Manuel actuó en defensa propia, pero sin la intervención del aparato institucional de la justicia establecido por ley, la que quizás hubiera podido impedir varios de los hechos lamentables que se narran en la novela. La tensión o el suspense de la novela corre a cargo de Juan, el antihéroe y cobarde montero. Tomás y Manuel son monteros honrados y respetuosos. Por su parte, la mujer asume roles variados; el más tradicional que menciona, lo hace formar parte de una especie de lamento: «pobres monteras transformadas en cocineras», igualmente aparece participando de todos «los regocijos de la fiesta», y también ella es la «cirujano del montero» y quien tiene a su cargo el conuco de plátanos y legumbres. Además, las mujeres monteras son perceptivas, solícitas y diligentes. Por el contrario, el hombre cuando está fuera de la actividad de caza es perezoso, se

le ve siempre descansando en su hamaca; aunque está presto a la colaboración solidaria, a la intervención para apaciguar los ánimos cuando están muy alterados, dando muestras además de capacidad de organización. Aunque breve, la novela invita y propicia la reflexión sobre la sociedad rural y sus transformaciones desde el siglo XIX, realidades que son susceptibles de comparaciones y contrastaciones con el presente.

La carrera literaria de Bonó fue corta, pues en breve su capacidad literaria se enfocó en los problemas sociales, económicos y políticos del país. Pero este desplazamiento no hizo desaparecer su vocación literaria. Se conoce al menos un esbozo o apuntación para una segunda novela, que no llegó a completar. El escrito a lápiz «En el cantón de Bermejo» fue incluido por Rodríguez Demorizi (1964: 119-123) en su recopilación de los escritos de Bonó y en los *Diarios de Guerra Dominicano-Española de 1863-1865* (Rodríguez Demorizi, 1963). Curiosamente Bonó retomaba el mismo sujeto, aunque esta vez se trataba del soldado-montero que integraba la soldadesca del ejército restaurador. Razón demás que comprueba su no rechazo del montero, como hemos expresado arriba. Otra expresión de esta vocación literaria se encuentra en su postrera obra, *Congreso extraparlamentario*, que vio la luz en forma de folletos por entregas, cinco en total, en 1895. En este ensayo se reúne un congreso imaginario donde se plantean los verdaderos problemas del país, se exponen en forma dialogada diversos argumentos y puntos de vista que se discuten para llegar con espíritu democrático a acuerdos de interés público. Este *Congreso extraparlamentario* representó un ejercicio de educación popular para formar una conciencia social de talante democrático. Suspendido dicho ensayo al año siguiente a causa de su mala salud, diez años después le sorprendió la muerte en 1906.

Constituye un acierto del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña la publicación en el marco de su colección

pedagógica de esta nueva edición de la novela de Bonó, *El montero*, una de las obras clásicas de la producción literaria dominicana, que testimonia los inicios intelectuales de uno de los pensadores sociales más profundos y originales del siglo XIX dominicano.

Raymundo González
Santo Domingo
Septiembre de 2017

Bibliografía:

Alfau Durán, Vetilio (1997). «Apuntes para la bibliografía de la novela en Santo Domingo», en: Aristides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón (compiladores), *Vetilio Alfau Durán en Anales*, Santo Domingo.

Bonó, Pedro Francisco (2000). *El montero. Epistolario*. (Estudio preliminar y notas de Raymundo González). Santo Domingo, Ediciones de la Fundación Corripio.

Cassá, Roberto (1998). «Pedro Francisco Bonó y su época», *Estudios Sociales*, Año XXXI, n.º 114, octubre-diciembre, pp.7-22.

Di Pietro, Giovanni (1993). *Temas de literatura y de cultura dominicana*, Santo Domingo, Instituto Tecnológico de Santo Domingo.

Henríquez Ureña, Pedro (1990). «Apuntaciones sobre la novela en América», en: *Ensayos* (selección y prólogo de José Rodríguez Feo), La Habana, Editorial Pueblo y Educación, pp.346-371.

Martínez, Rufino (1971). *Diccionario biográfico-histórico dominicano, 1821-1930*. Santo Domingo, Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

Rama, Carlos M. (1975). *La historia y la novela y otros ensayos historiográficos*, 2ª ed., Madrid, Tecnos.

Rivera, Jorge B. (1968). *El folletín y la novela popular*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Rodríguez Demorizi, Emilio (1963). *Diarios de la Guerra Dominico-Española de 1863-1865. Centenario de la Restauración de la República. Homenaje de las Fuerzas Armadas. 1863 -16 de Agosto- 1963*. Santo Domingo.

Rodríguez Demorizi, Emilio (1964). *Papeles de Pedro Francisco Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia.

Rodríguez Demorizi, Emilio (2010). «Prefacio», en: *El montero. Novela de costumbres*, en: VV. AA., *Colección Pensamiento Dominicano. Novela*, Vol. VI, Santo Domingo, Banreservas | Sociedad Dominicana de Bibliófilos, pp.955-967.

San Miguel, Pedro L. (2012). *Los campesinos del Cibao. Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960*, 2ª ed., Santo Domingo, Archivo General de la Nación.

Zeller, Neici (1977). «Puerto Plata en el siglo XIX», *Eme-Eme. Estudios Dominicanos*, Vol. 6, n.º 28, enero-febrero, pp.27-51.

P R E F A C I O



(Prólogo a la primera edición dominicana)

I

La novela de América –su civilización toda– tiene sus orígenes remotos en los días del Descubrimiento y la Conquista, en los relatos de Colón y en las crónicas de Indias, en las que ya aparece la singular figura del cacique Enriquillo, personaje central en la más famosa novela dominicana, la obra de Manuel de Js. Galván, primera joya de nuestras letras y asimismo de la literatura indianista del Continente.¹

En la sociedad de la Colonia no faltó el ambiente cultural, a veces de apreciable actividad poética, pero careció durante décadas y siglos de su más necesario instrumento de difusión y pervivencia, la imprenta, a la que estaba vedada por las leyes de Indias la impresión de obras de imaginación.²

¹ Concha Meléndez, *La novela indianista en Hispanoamérica*. Madrid, 1934, y en Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1961; y Enrique Anderson Imbert, *El telar de una novela histórica: Enriquillo*, de Galván, en su obra *Estudios sobre escritores de América*. Buenos Aires, 1954, p.108.

² Pedro Henríquez Ureña, en su ensayo *Apuntaciones sobre la novela en América* (Obra crítica, México, 1960, p.618) explica por qué no hubo novelas en la época colonial. El ilustre escritor dominicano señala entre otros americanos que tienen relación con la historia de la novela en nuestro Continente, a D. Jacobo de Villaurrutia, nacido en Santo Domingo en 1757, y muerto en México en 1833. Villaurrutia publicó en Alcalá de Henares, en 1792, una novela moral, *Memorias para la historia de la virtud*, traducción del inglés. Henríquez Ureña lo señala como uno de los primeros aficionados a la novela inglesa en España. Fue fundador, en 1805, del primer cotidiano de la América Española, el *Diario de México*. Un hijo de hogar dominicano, nacido en Venezuela, el ilustre escritor

La literatura dominicana, pues, como realidad digna de tomarse en cuenta, es fenómeno reciente, de apenas el pasado siglo.³

En esa centuria memorable, la de nuestra libertad republicana, floreció el ilustre prócer santiagués Pedro Francisco Bonó, quien ha de ser reconocido para nueva gloria suya como el más antiguo de nuestros novelistas, autor de nuestra primera novela de auténtico ambiente dominicano.⁴ En 1856 publicó Bonó, en el periódico español de Eugenio de Ochoa, *El Correo de Ultramar*, editado en París, la novela *El montero*, a la que se refiere en la siguiente carta:

San Francisco de Macorís
Noviembre 8 del 1880.

Don Pedro A. Bobea,
La Vega.

Muy señor mío y amigo:

Su favorecida del 3 del corriente me fue entregada oportunamente por el cartero de este pueblo.

Arístides Rojas (1826-1894), fue el primero que en las letras venezolanas encarnó el costumbrismo, el tradicionismo, como lo reconoce M. Picón Salas en *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas, 1941, p.133. Noticias de la novela y de la literatura costumbrista en Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura dominicana*. S. D., 1966, Vol. II. Segunda edición revisada y ampliada. *Colección Pensamiento Dominicano*.

³ Es caso común en la América hispana, como lo confirma Rodrigo Miró en su ensayo «Orígenes de la literatura novelesca en Panamá», en la revista *Lotería*, n.º 148, Panamá, marzo de 1968, pp.51-88.

⁴ En efecto, en sus eruditos «Apuntes para la bibliografía de la novela en Santo Domingo» (*Anales de la Universidad de Santo Domingo*, n.ºs 85-86, 1958 y *El Caribe*, S. D., feb. 18, 20; abril 30; mayo 2, 3, 5, 7, 8, 11, 16 y 21 de 1959) el Dr. V. Alfau Durán reseña tres novelas de Alejandro Angulo Guridi (1823-1906), de 1841, 1843 y 1853, de temas exóticos, escritas en Cuba, donde pasó gran parte de su juventud. También reseña Alfau Durán varias novelas de Francisco Xavier Angulo Guridi (1816-1884), publicadas con posterioridad a la novela de Bonó: en primer término *La fantasma de Higüey*, impresa en La Habana en 1857 y parcialmente reproducida en el *Boletín Oficial*, de Santo Domingo, n.º 8, del 11 de abril de 1869 y siguientes. También menciona una novela del venezolano-dominicano Rafael María Baralt (1810-1860), *El hábito no hace al monje*, Madrid, 1849, de ambiente extraño a Santo Domingo, aunque Baralt, de madre dominicana, pasó aquí parte de su adolescencia. Fue tal su amor a Santo Domingo, cuya representación diplomática ostentó en España, que ya cerca de la muerte le legó su rica biblioteca, base de la primera Biblioteca Pública que tuvo la Capital. Cabe mencionar aquí al santiagués Esteban Pichardo y Tapia (1799-1880), autor de la novela de costumbres *El fatalista*, publicada en La Habana, en 1865.

Por satisfactoria que para mí sea la cortesía de Ud. solicitando mi permiso para reimprimir en el periódico *El Esfuerzo* mi novela *El montero*, publicada años hace en *El Correo de Ultramar*, no dejo de abrigar serios temores al ver reaparecer para esta generación una obrita relegada y olvidada por los papeles viejos en que está incorporada. Estos temores en verdad son legítimos en muchas partes... Cuando la compuse y publiqué era muy joven y aunque no he tenido la oportunidad de volverla a leer puesto que hace dieciocho años que vivo en una localidad de donde nunca salgo y donde nunca tales publicaciones llegaron ni llegan, dicha novela la creo plagada de defectos y estos de gran bulto. Porque, si hoy que ya encanecido y habiendo leído más mis escritos cuando tengo antojos de hacerlo de ellos no se libran, como los de una obra escrita a los veintitrés años teniendo yo por compañera a la pobreza y no habiendo podido adquirir la instrucción clásica de otros jóvenes de mi edad, no veía alentados mis esfuerzos en bien de la literatura nacional siquiera con la benévola sonrisa de mis compañeros.

Esto no obstante, como esta mi novelita, desde entonces es del dominio público, pues no me reservé derechos de autor, Ud. puede hacerla imprimir como y cuando guste. Empero ya que tan propicia ocasión se presenta quiero aprovecharla para explicar la variación que en las letras de mi apellido en ella se notan, lo que me proporcionó varios disgustos en aquel tiempo. Si Ud. insiste en el pensamiento de reimprimirla, desearía que la presente sirviese de Prefacio a esa edición.

Mi abuela era francesa y en su compañía pasé la primera mitad de mi vida. Pertenecía a una familia de las clases más ricas de los colonos o plantadores que fueron exterminados por los haitianos en su gran revolución del siglo pasado. Escapó de las garras de estos tan milagrosamente que recuerdo haberle visto en ambos brazos a la edad de ochenta años el círculo negro que dejaban las cuerdas con que la amarraron a los treinta para

llevarla de Fort Liberté al Cabo a fusilar. Criado por ella, que profesaba a la Patria de sus mayores un culto ciego y exclusivo, bebí a la Francia por todos los poros y me creí francés por línea masculina. Mi padre vivía en otro pueblo y firmaba su nombre José Bonó, pero yo di en afrancesar mi apellido y ya ponía Bonnau como Bonneau y Bonneaux. Locuras. Cuando escribí mi novela fui un día a visitar a mi padre al pueblo donde residía con mi madre y demás hermanas. Allí me dijo que yo cometía una falta grave en afrancesar mi apellido que si bien su madre era francesa su padre era italiano y se había firmado Bonó, que él se firmaba lo mismo y yo también debía hacerlo. Incliné la cabeza bajo el peso de mi falta, mandé rectificar mi apellido en *El Correo de Ultramar* y desde entonces escribí mi apellido como lo escribieron mi padre, mi abuelo, todos mis hermanos y como en resolución debo escribirlo.

P. Fco. Bonó.⁵

⁵ Esta carta la habíamos publicado en nuestra obra *Papeles de Pedro F. Bonó*, aparecida en 1964. No fue sino posteriormente, en 1966, cuando encontramos la novela, en las colecciones de *El Correo de Ultramar* que se conservan en Madrid, en la Biblioteca Nacional y en la Hemeroteca Municipal (Ediciones 158-162, de 1856, pp.30-31, 42-43, 59, 74 y sgs. y 90).

Según el periódico *El Orden*, de Santo Domingo, del 6 de mayo de 1854, Bonó –dice Pedro Bonneau– era Subagente de *El Correo de Ultramar*. La publicación de *El montero*, en *El Correo de Ultramar*, considerado por entonces el vocero europeo de mayor interés, constituyó un triunfo no solo para Bonó sino también para las letras dominicanas, porque se trataba de una de las revistas españolas de mayor importancia, en la que colaboraban algunos de los más notables escritores de la época.

El Correo de Ultramar se leyó en Santo Domingo durante largos años, por lo menos desde 1855. En *El Dominicano*, S. D., del 29 de junio de ese año, se menciona el famoso periódico, del cual se reproducían algunos escritos. Era tal su popularidad que todavía en marzo de 1878, decía Juan Antonio Alix en una de sus décimas:

Como tuve gran desvelo
temprano me levanté
y mi caballo encontré
colgado de un ciruelo.
Como limpio estaba el suelo
yerba no pude encontrar,
pero pude averiguar
que en lugar de estar comiendo
pasó la noche leyendo
El Correo de Ultramar.

No sabemos si *El montero* llegó a publicarse en *El Esfuerzo*, periódico que no hemos logrado hallar, ni tenemos noticia de si Bonó alcanzó a escribir otra obra de este género, pero al menos consta que proyectaba redactar una novela histórica –adelantándose a *Guanuma*, de García Godoy– que habría sido la novela de la Restauración, bien interesante a juzgar por el siguiente apunte hallado entre sus papeles:

Plan de mi obrita.– Dos palabras sobre mi ida al Cantón de Bermejo. Estado de la Revolución el 10 de octubre de 1863, después de reseñar los acontecimientos desde la entrada en campaña en Capotillo hasta esa fecha. Mi encuentro con el joven en el Cantón; me cuenta su historia. Protagonistas de mi romance: un joven del pueblo de Santiago, pronto para

Se advierte que entre los campesinos se dice que el caballo está *comiendo gaceta*, cuando se le deja amarrado sin comer.

Pedro Francisco Bonó nació en Santiago de los Caballeros, el 18 de octubre de 1828. Actuó como Secretario del general Juan Luis Franco Bidó en la Batalla de Sabana Larga, ganada a los haitianos el 24 de enero de 1856. En ese año publicó *El montero*, y fue elegido Senador por Santiago. Tuvo entonces voto para Presidente de la República, y empezó a actuar como Abogado Defensor Público. Al año siguiente, en 1857, publicó su opúsculo *Apuntes para los cuatro Ministerios de la República*. En ese mismo año participó en la democrática revolución contra Báez y formó parte del gabinete del Gobierno Provisional de Santiago.

Diputado en la memorable Constituyente de Moca, en 1857-1858, abogó por el principio de inmunidad de los legisladores y asimismo por la sustitución del sistema unitario por el federal, a fin de erradicar de la República la guerra civil y el centralismo.

Caído el gobierno de Valverde, se fue al exilio, a Norteamérica, en agosto de 1858, junto con sus compañeros del Ejecutivo, José D. Valverde, Benigno F. de Rojas, Ulises F. Espailat y Domingo Mallol.

En 1861, al producirse la Anexión a España, se negó a firmar el Acta de adhesión de Santiago. Y al iniciarse la Guerra Restauradora fue designado, el 14 de septiembre de 1863, Comisionado de Guerra. En 1864, en misión diplomática ante el Presidente de Haití, Geffrard. A fines de ese año se trasladó a San Francisco de Macorís, residencia de su padre y hermanos.

En 1867, Ministro de la Suprema Corte de Justicia; Ministro de Justicia, Instrucción Pública y Relaciones Exteriores. En 1875 viajó por Europa; conoció a los Emperadores de Alemania y Rusia. Desde 1881, en diversas ocasiones, se negó a aceptar ser postulado Presidente de la República. Entonces publicó, adelantándose a su época, sus reveladores *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas*. En 1884, en carta a Hostos, le señaló el origen de nuestros males sociales, desde Roldán, y le invitó a *luchar contra los imbéciles*. Publicó en 1895 su celebrado *Congreso Extraparlamentario*. Murió en su amada villa de San Francisco de Macorís, el 14 de septiembre de 1906. Con motivo del Centenario de la Restauración, el 16 de agosto de 1963, circuló un sello postal con las efigies de U. F. Espailat, B. F. de Rojas, y P. F. Bonó. Y la Academia de la Historia resolvió la publicación de nuestra obra *Papeles de Pedro F. Bonó*, S. D., 1964. Descolló en su vida como prócer civil y como escritor de ideas progresistas, más allá de su tiempo.

casarse, se le quema la casa y tienda y marcha a Yamasá. Descripción de Yamasá. Jefes. Manzuela. Esta es la bella figura. Estado de la guerra.

Se enamora el joven en Yamasá. Descripción de la joven, familia, hábitos. Los amores principian con el contacto con la joven en una herida que recibe el joven en la acción de San Pedro, dada por Luperón y Santiago Mota. Descripción de la acción y derrota. Peripicias del joven; se esconde y llega por el camino de la Jagua a Yamasá donde la joven le cuida hasta que sana. Amores. Hacer el principal interés en las uniones y peripicias de la guerra.⁶

II

El montero, poco menos que siervo del hatero, no era el campesino dedicado al cultivo de la tierra, sino el que, semidesnudo, machete en mano y con su abigarrada trailla de perros amaestrados, andaba a pie por el hato, por la montería, entre las breñas, tras las reses montaraces; hombre de valor que había de enfrentarse al toro salvaje de cuernos acerados y al terrible verraco de agudos y cortantes colmillos, curvas navajas que le sobresalían a ambos lados del destructor hocico. Hombre, también, de sobriedad pasmosa, que andaba todo un día en pos de la caza espantadiza con solo el sorbo del café mañanero.

⁶ Manuscrito a lápiz, de puño y letra de Bonó. En *Papeles de Pedro F. Bonó*, p.119, se reproduce el pintoresco e interesante relato de Bonó acerca de su visita al célebre Cantón de Bermejo, que le inspiró la novela que no llegó a escribir, según parece.

Posteriormente al proyecto de novela de Bonó, hubo algunos intentos de novela histórica dominicana, en las dos últimas décadas del siglo pasado. César Nicolás Penson (1855-1901) tenía en preparación una novela histórica, en cuyo asunto figuraban los orígenes de la ciudad de Santo Domingo. En los mismos años, Casimiro N. de Moya escribía otra novela. En la revista *La Cuna de América*, S. D., n.º 101, del 13 de diciembre de 1908, se publicó un capítulo de la obra con el título de *Páginas de una novela nacional histórica inconcluida*.

Como geógrafo, autor del más conocido mapa de la isla, De Moya no resistió a la tentación de hacer largas descripciones, llenas de nombres de lugares, montañas y ríos.

El montero fue siempre el hombre de tropa del hatero convertido en caudillo, su fiel y abnegado soldado, porque la montería era oficio heroico, algo así como una dura y permanente guerra de guerrillas contra el ganado alzado entre los intrincados montes.⁷

Las condiciones del montero tenían que ser mayores que las del mejor soldado: ser buen jinete, para correr tras la res y alzarla de atrás, alancearla o desjarretarla; buen nadador, sin miedo a los ríos desbordados; ágil trepador, para saltar a un árbol y luego, prendido de una rama, descargar el machete sobre la cerviz del toro, o del verraco, más temible aún; ser sobrio para el largo ayuno y paciente y sufrido para soportar sobre la carne viva los largos soles y los torrenciales aguaceros.

La desaparecida casta de los monteros –desaparecida gracias al progreso, después de cuatro siglos de historia– constituyó no solo elemento básico de nuestra primitiva economía agrícola –la única con que contábamos– sino también el elemento capital en nuestras guerras, tanto en las nacionales como en las contiendas fratricidas. Los monteros –los de Santana y de los terratenientes de su época– formaron la tropa de choque de la Guerra Separatista, así como los *mambises*, los monteros insurrectos de 1863, engrosaron el ejército restaurador, sementera de las guerrillas de nuestras luchas civiles.

En la guerra con Haití, el vencedor había de ser quien condujera mejor al montero, por demás diestro en el uso del machete; tenía que ser su superior, el hatero poderoso que fue Pedro Santana.⁸ El montero, carne de cañón, de tan mísera estampa, fue el verdadero

⁷ Según el *Diccionario de Autoridades*, de 1732, la montería es la caza de jabalíes, venados y «otras fieras, que llaman caza mayor»; y montero el que busca y persigue la caza en el monte, «o la oxea hacia el sitio en que la esperan para tirarla». En la *Montería del Rey Don Alonso* hay una de las más antiguas descripciones del montero: «Queremos vos decir lo que debe saber, para ser buen montero, todo aquel que lo quiere ser...». En España había diversas categorías de monteros: montero de lebrél, montero de trailla, montero mayor. El cubano Manuel de la Cruz (1861-1896) fue autor de la novela *La hija del montero*, que no conocemos.

⁸ Entre los hateros de la isla, dueños de enormes latifundios, se contaron las personas más conspicuas del Santo Domingo colonial. Basta mencionar un nombre: Juan Sánchez

héroe en nuestras guerras libertadoras. Bien hizo, pues, el prócer-escritor, en salvarlo del olvido. En su descripción del Cantón de Bermejo, dice Bonó: «Cada soldado es montero...».⁹

El montero –producto de la retardataria crianza libre cuyo intento de prohibición, a instancias de Emiliano Tejera, le produjo bien graves inconvenientes al presidente Heureaux– existió desde los días de Colón hasta bien avanzado el presente siglo. «Los peores enemigos de la República son los cerdos y las revoluciones», decía Tejera aludiendo a nuestras frecuentes contiendas civiles y a la voracidad de los cerdos, destructores de los cultivos, cuyo fomento era imposible en la vecindad de los hatos.¹⁰

Bonó conoció y puede decirse que vivió largamente la vida del montero, porque la vida urbana de su tiempo se confundía con la rural. El hato, la montería, estaba al borde de las villas. Los caminos reales, salvo escasas excepciones, pasaban por en medio de los pueblos. El límite entre la ciudad y el campo permaneció estacionario durante largas décadas, por no decir siglos. En no pocos pueblos bastaba asomarse al patio de la casa de yaguas –que ya era presencia de lo rural– para contemplar la agreste figura

Ramírez. Véase al respecto el interesante artículo de Bosch, *Origen y desarrollo de la sociedad de los hateros*, en la revista *¡Ahora!*, S. D., n.º 243, 8 de julio de 1968.

⁹ *Papeles de Bonó*, 1964, p.122.

¹⁰ Acerca del hato, del hatero, del montero y de la montería, véase nuestra obra *Enciclopedia dominicana del caballo*. Santo Domingo, 1960. Otras importantes noticias en Antonio Sánchez Valverde, *Idea del valor de la isla Española...*; Moreau de Saint-Mery, *Descripción de la parte española de Santo Domingo...*; Fray C. de Utrera, artículo «El 21 de enero» en su obra *Dilucidaciones históricas...*, Vol. 1.

En nuestra adolescencia, por el 1920, en días del Colegio del padre Fantino, conocimos uno de los últimos hatos del Cibao, en Magüey, La Vega, la vasta propiedad de don Juan Antonio Gil. A la puerta de su casa, tan ancha como hospitalaria, había echados por lo regular unos treinta perros, la indispensable trailla para los heroicos afanes de la montería. Atrás la amplia cocina siempre humeante; y en la vecindad los rústicos bohíos de los monteros, siempre en espera de la voz del amo para internarse, entre el ladrido de los perros, en los vastos matorrales.

Son bien numerosos los libros que en todo o en parte tratan de la montería, desde *Amadis de Gaula*, desde antes, hasta Ortega y Gasset. Véase, por ejemplo, el formidable ensayo del ilustre filósofo, *Veinte años de caza mayor*, del Conde de Yebes, en sus *Obras completas*, Vol. VI, Madrid, 1947, pp.420-490.

Del montero hay una donosa estampa en la celebrada obra del ilustre escritor R. Emilio Jiménez, *Al amor del bohío. Tradiciones y costumbres dominicanas*, S. D., 1927, Vol. 1, p.116. Es obra fundamental para el conocimiento del costumbrismo en Santo Domingo.

del montero: la cabeza envuelta en ancho pañuelo; la camisa, de tenerla, raída; el pantalón de fuerte azul, arremangado hasta la rodilla; los pies descalzos o defendidos por míseras soletas; en la cintura el machete y el eslabón de pedernal, para amolarlo en el continuo uso de la montería; y en la boca la humeante pipa de barro y curvo *calimete*.

Ningún campesino dominicano, dado a otras duras faenas, vivió la incierta vida del montero. Ni aun el sembrador de arroz, que se pasa casi todo el año con los pies hundidos en el lodazal, sembrando la simiente bajo el agua.

La estatua del montero dominicano –que algún día habrá de alzarse como un símbolo en algún sitio de la República, en el Cibao, en el Sur o en El Prado– no será menos dramática que la del *Uno de tantos*. Aún podría decirse que la admirable obra de Abelardo se inspiró en uno de los monteros de Bonó.

El montero pertenecía a una categoría social condenada a desaparecer. Bonó previó su desaparición –vale decir la eliminación de la rémora de la crianza libre, propugnada por Tejera– y con su novela quiso, posiblemente, precipitar esa apremiante erradicación, que no alcanzó a ver: murió en 1906, y la asoladora crianza libre persistió hasta 1911. El novelista «es quien –como dice Fernández Spencer en admirable ensayo– en la medida en que está preocupado por el otro, puede adelantarse a las futuras modificaciones de la sociedad».¹¹ Así se adelantó Bonó a la modificación social de 1911, que puso término a la montería.¹²

De España, es claro, heredamos el oficio de montero. Argote de Molina, en su *Discurso sobre el libro de la montería*, dice, refiriéndose al emperador Maximiliano II: «como quisiese herir a un

¹¹ Dr. Antonio Fernández Spencer, *Caminando por la literatura hispánica*, Santo Domingo, 1964, p.225.

¹² La Ley de Policía, de 1911, que inició el cese de la crianza libre en el país, trata, en sus artículos 69 a 97, *De la crianza, hatos y monterías*. Bonó se refirió a los males de la crianza libre en sus notables *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas*, de 1881, insertos en *Papeles de Pedro F. Bonó...*, pp.223-224.

jabalí, hurtóle el cuerpo, y dióle una navajada con el colmillo, que cortándole el ación del estribo y la bota, le hizo en la garganta del pie una herida de que quedó sentido todo el tiempo que vivió». En el Viejo Mundo eran célebres las fastuosas monterías de los grandes señores, no como trabajo, sino como divertimento, de las que hay no pocos recuerdos en el romancero español. En la *Silva de varios romances*, de Barcelona, 1561, se recuerda una de las más resonantes monterías de la Antigüedad, inmortalizada en el extenso *Romance del Sophi*, revelador de cómo eran las deslumbrantes cabalgatas de aquellos lejanos tiempos:

El gran Sophi y el gran Can
y el gran Caliphe en un día
salieron de Barcelona
todos tres a montería
vestidos a la turquesa
y en cavallos de Turquía
muy más blancos que la nieve
como el sol cuando salía
con las colas alheñadas
y también la crinería
los juezes granadinos
petrales de Normandía
estriberas y acicates
muy ricos de Alexandría...

¡Qué distinto, ese extraordinario fausto, de lo que fue la montería criolla! De cómo era esa faena, dura y placentera a la vez, en las Antillas, hay bellas muestras en nuestra poesía popular y asimismo en la cubana, en la que son dignos de recuerdo los celebrados romances de Juan C. Nápoles Fajardo, *El Cucalambé*, del pasado siglo, *Las monterías y Las vaquerías*, y los de Domingo Delmonte, *El desterrado del ható* y *El montero de la sabana*.

Los hatos, las monterías, que tanto se prestaban al auge de la vagancia campesina y al robo del ganado, fueron reglamentados en la época del presidente hatero Pedro Santana, por la Ley de Policía urbana y rural de junio de 1848 y julio de 1855.

III

El tema de la obra de Bonó fue el más adecuado para una novela de su tiempo, porque el monterero era el dominicano de vida más dramática; el más esforzado y misérrimo individuo en la escala social de la época. Bonó escogió al monterero como patética encarnación de la pobreza de antaño, que él quiso, con ideas bien avanzadas para sus días, erradicar o al menos aminorar por todos los medios posibles, particularmente cuando, empeñado en que se pusiese el cultivo del tabaco por encima del cultivo del cacao, acuñó uno de los más significativos postulados de nuestra socioeconomía: *el cacao es oligarca y el tabaco demócrata*. Porque la siembra del tabaco favorece a gran número de trabajadores, mientras que la del cacao solo beneficia a algún rico y a muy pocos menesterosos.

Bonó escribió, pues, acuciado desde temprano por sus despiertas ideas civiles, la novela que estaba más a la vista de los dominicanos, hundidos en la pobreza y el atraso de los hatos, negación de la agricultura. Casi podría decirse que la del monterero, en aquellos años de inanición, era entre nosotros la única vida novelesca, o la más novelesca.

El novelista no tuvo que volverse al pasado para la elaboración de su novela, porque todos sus elementos los tenía ante los ojos, en la vegetativa montería, que entonces era presente y seguiría siéndolo durante más de medio siglo.

El subtítulo de *El monterero, Novela de costumbres*, Bonó lo justificó por demás con la interpolación de verdaderos cuadros de costumbres, como su colorida descripción del fandango y de los ingenuos usos del amor entre los monteros.

En sus descripciones resalta la belleza de la naturaleza en contraste con la miseria de los moradores de la región. El escenario no podía ser más pobre, porque Matanzas era –lo fue hasta algunas décadas atrás, hasta ser barrida por violento maremoto– no más que un pequeño caserío de monteros. Lo que no significa que *El monterero* sea una novela exclusiva de la región, porque la montería existía en toda la República; y aún más, en toda la América.

En la obra de Bonó abundan los detalles realistas, característicos de la novela de costumbres. El escenario y la acción son por demás reales: Matanzas, junto a sus doradas playas atlánticas, al Nordeste de la isla; y su pintura del monterero, figura central en la novela, pertenecen por igual a la realidad. La estampa del campesino dominicano de hoy ya es otra, menos agreste y bárbara.

La ficción y el dramatismo que hay en *El monterero* la elevan de la categoría de cuadro de costumbres a la de novela, breve espacio, porque ya se sabe que ni la novela, ni el cuento, ni el relato, ni el cuadro de costumbres, son, de modo absoluto, algo determinado. La novela, como dice Edwin Muir, es «la manifestación más compleja y amorfa de la literatura».¹³ Quede esto dicho para quien observe que *El monterero*, contrariamente a la definición de

¹³ W. Kayser, *Interpretación y análisis de la obra literaria*. Editorial Gredos, Madrid, 1954, p.578.

Es sorprendente que aquí, en la aislada villa de Santo Domingo, se señalara, en tiempos de Bonó, la vaguedad del término *costumbres*, como lo decía uno de los costumbristas anónimos del periódico *El Dominicano*, en su edición del 7 de julio de 1855, en un artículo al que dio, significativamente, el título de *Costumbres*. «Este título, *Costumbres* –decía–, es de comodín, y le viene de molde a todo escrito al que no se halla otro nombre que darle. Se presta a todas las materias, se acomoda con todas las situaciones, con él al frente se sacan a la plaza tantas miserias humanas, se bosquejan tantas fisonomías, se describen tantos caracteres, que si fuera a dar la definición de esa palabra, con la exactitud de rigor, me vería apurado, muy apurado, y al fin no quedaría completa... Conserve por los siglos de los siglos, la consabida palabra, sus indefinibles y latísimas acepciones; que su elástica cualidad la deja servir en paz –para provecho nuestro– a todos los tamaños como los zapatos de goma, pléguese a todas las circunstancias, como los político-filósofos, amóldese a todos los lenguajes, como los aspirantes, adáptese a todas las figuras y colores, como los hipócritas. Muy lejos de querer fijar límites tan vagos, tan oscuros...». El articulista, quizás Nicolás Ureña, conocía muy bien el movimiento costumbrista, como lo demuestra con la repetición de una frase de Mesonero: «...me armo de aquellas palabras de cierto autor moderno: *cuando pinto no retrato*, y no pongo en escena sino a los seres abstractos...».

su autor, no es novela, sino cuadro de costumbres. Bonó, huelga repetirlo, definió su obra como reza en su subtítulo. Que bien difícil es el deslinde entre novela y cuadro de costumbres, según lo afirma Montesinos, quien presenta como convincente ejemplo de ello nada menos que la obra de Fernán Caballero.

La aportación de Bonó, mediante su novela, al conocimiento de la sociedad dominicana de su tiempo, aunque en solo un limitado aspecto, es inapreciable. Es la contribución de la novela al estudio del pasado, de que habla Montesinos: «Es increíble lo que el conocimiento del siglo XIX en historia, en geografía, en condiciones sociales de los pueblos, en mil otras cosas, debe a la novela».¹⁴

IV

Como novela de costumbres, de tiempos de Fernán Caballero, la obra de Bonó había de ser rica en noticias folklóricas, algunas desconocidas: los bailes populares, con sus desusados giros, el Sarambo, el Guarapo, las Puntas, en lugar del Merengue y de la Tuna, omisión bien curiosa; los rústicos instrumentos musicales, el cuatro, el doce, el triple, ya olvidados, y la güira y la tambora; los improvisadores al estilo de los viejos juglares, y las porfias poéticas; los cantos en desafío, que culminan en zambras de cuchilladas y sablazos, las habituales reyertas a mano armada, fin de toda fiesta; las pintorescas bodas campesinas; las telas del vestido femenino, la muselina, las zarazas, la pollera de algodón azul y el collar de cuentas amarillas; la resonante y colorida cabalgata, la *pavoneada*, en que se hace ostentación de «la andadura de los caballos y de la gracia de los jinetes»; las pistolas de chispa; el sable de vaina de cobre; la bien nutrida cocina campesina en día de bodas; el aguardiente de caña; las vasijas y las cucharas de higüero, signos de pobreza; los rezos campesinos, el vespertino Ave María; el bohío y su rústico y limpio ajuar, tan minuciosamente descrito que podría rehacerse; la caza

¹⁴ José F. Montesinos, *Costumbrismo y novela*. Valencia, 1960, p.7.

del cerdo montaraz y sus continuos y graves riesgos; el agotador afán de la montería, en que a veces hay trozos descriptivos de mano maestra, en contraste con otros afeados por el descuido; el primitivo arte de curar del montero; la superioridad del dominicano, del montero, en la guerra, cuando hace uso del machete; la agreste figura del montero, que tantas veces va a la montería y retorna al bohío con las manos vacías; el perro fiel, de instinto casi humano, obligado compañero del montero; los usos del amor, a veces de candorosa ingenuidad, como si la forma expresiva del novelista reflejara en sí misma la pobreza y la sencillez de la vida campesina descrita; toda la vida campestre, del trabajo, de la diversión, de la tragedia, pasa por este libro, impregnado de rusticidad, donde contemplamos los vicios y virtudes del campesino dominicano de antaño en sus planos de mayor miseria.

Bonó, pues, siguió necesariamente en *El montero*, por la índole de su obra, el procedimiento de los novelistas españoles de su tiempo, que acogían el elemento folklórico en sus novelas de costumbres, a veces con exceso.

El argumento de *El montero* es bien simple: un amor eglógico, amor de montero, en contraste con la violenta pasión –amor, celos, impotencia– que convierte al *villano* de la novela en asesino; y el fandango –la fiesta campesina– que termina en tragedia. Más que como novela nos ha de interesar como cuadro de costumbres, de las viejas costumbres campestres, de la extinta montería. La animación, la vida crepitante en las descripciones llega a tal punto, que se olvida el argumento de la novela, el oculto hilo de la trama; seduce más que el argumento mismo.

Los caracteres, en tan sencillo argumento, habían de ser bien simples, como de monteros, pero claramente definidos: de un lado los del bien y la solidaridad humana, y del otro el de la pasión erótica que lleva al crimen.

Una novela ha de valer por su riqueza interna, por lo que se ve dentro de ella, más que por su argumento, aunque este sea, por

regla general, su cardinal elemento; su mayor atractivo para el lector común. En *El montero* el argumento quedó a la zaga del contenido folklórico desconocido. Guardadas las proporciones, a Bonó podría aplicársele el docto juicio de Margarita Ucelay de Da Cal acerca de Fernán Caballero: «Sus novelas se podrían describir como una serie de *cuadros costumbristas*, ligados por una acción escasa, en la que los tipos y las escenas lo son todo... Es, pues, Fernán Caballero quien, combinando el costumbrismo regional andaluz con las formas de técnica narrativa más amplia, abrió el camino para la novela realista, o quizás más exactamente para la novela realista regional, que tanta importancia había de tener en España, y de la que será el exponente más alto». Sin embargo –agrega–, no fue Fernán Caballero «la primera en ver las posibilidades de esa combinación, que algún novelista romántico ya había entrevisto. Otro autor ensayó con anterioridad el aplicar la técnica del costumbrismo a la novela. Por desgracia, a este le faltaban las dotes necesarias para la empresa, y su ensayo, que con talento novelístico hubiese dado a su nombre un significado de importancia, quedó reducido a una curiosidad histórico-literaria. Nos referimos a Antonio Flores, que en 1846 publicó una *Novela de costumbres...* A pesar de esto, la obra mencionada es de escaso mérito literario, pero en cambio tiene, a nuestro parecer, un gran interés como eslabón entre el costumbrismo y la novela, ya que ilustra muy eficazmente el paso natural del subgénero de tipos, a la utilización de estos en obras de ficción».¹⁵ De ahí parte, asimismo, la estructura de la novela de Bonó –novela de costumbres la llamó él– siguiendo el mismo procedimiento de Fernán Caballero y de Antonio Flores.

La docta escritora observa que si puede ser debatible el calificar de novela la obra de Antonio Flores, «lo que es indudable es que

¹⁵ Margarita Ucelay de Da Cal, *Los españoles pintados por sí mismos. Estudio de un género costumbrista*. México, 1951, pp.168-169.

ya no es costumbrismo. Es un paso hacia adelante, dado todavía con timidez, y que queda en un territorio fronterizo. De ahí el interés que tiene históricamente, como ilustración del tránsito de un género al otro». Del tipo costumbrista, sin individualidad determinada, que aparecía en los periódicos de la República, *El dominicano*, de 1845 y 1855, y *El Oasis*, de 1856, pasó Bonó en *El montero* –como los novelistas hispanos– al personaje de novela, con su nombre y demás atributos, vivo y actuante.

Podría decirse, pues, que la posición de Bonó en nuestras letras es –salvo las diferencias lógicas– la de Antonio Flores en las letras hispanas.

V

No es fácil hablar del estilo de un escritor como Pedro Francisco Bonó, que no tuvo preocupaciones retóricas y que quizás pensaba, como repetía Pedro Henríquez Ureña, que el mejor estilo es el que no lo parece; o como dijera Menéndez Pidal: que en un estilo sobra todo lo que no hace falta. Esta dificultad sube de punto cuando se trata de un escritor novel y de obra primeriza, nacida sin el acendramiento de un medio culto, en el poco propicio ambiente de la guerra contra el haitiano –ajena al tema de la novela– en una de cuyas batallas intervino, en el año mismo de la publicación de *El montero*, en la memorable acción de Sabana Larga, de enero de 1856.

Bonó, sin duda, mostraba facilidad, amenidad y gracia en las descripciones, en el paisaje y el retrato, en la narración y el diálogo. Su narración no se detiene en alardes de belleza, en empeños estilísticos, sino que va rectamente hacia su término. La secuencia narrativa no se interrumpe; avanza bajo la superficie de las descripciones, no estáticas, sino en constante movimiento, como cuando, plena del color local característico de la novela de costumbres, hace la pintura impresionista de una cabalgata: «Los hombres vienen de gala, sombrero de fieltro o

yarey, pantalones holgados, chaquetas de paño con hileras de botones de metal y zapatos de cordobán, a cuyos talones están calzadas espuelas de sabaneros. Los jóvenes traen los chalecos que fueron de sus abuelos; los viejos, enganchada por precaución detrás de la oreja, una pipa...».

Algunos de los escritos de Bonó revelan su tendencia hacia lo novelesco: *El montero*, en primer término; su proyecto de novela, de 1863; su vívida descripción del Campamento restaurador de Bermejo; y su ágil, ameno y sustancioso *Congreso extraparlamentario*, obra de su fantasía, de su saber y su civilidad, especie de novela parlamentaria –si es que pudiera existir este subgénero– en el que expuso no menor pretensión que la de *juntar la riqueza y la justicia*. ¡Y era en tiempos de Heureaux!

Su estilo llano, en ocasiones finamente humorístico, con sus vivas pinceladas descriptivas, era el más apropiado para llegar al alma de sus lectores, a la manera de su entrañable compañero de proceridad, Ulises Francisco Espaillat. Ambos fueron, así, en el mismo ámbito, predicadores deliciosos, sin perder en nada su sustancia. Su forma de expresión, paralela a la de los costumbristas españoles de la época, había de ser la más eficaz en un pueblo de tan escasa instrucción como el nuestro.

¿Qué libros eran los que llegaban a aquel medio? Difícil hallar hoy sus rastros, pero ya había en Santiago de los Caballeros imprenta y periódicos. Y es evidente que desde allá había alguna comunicación con los centros culturales del exterior, como lo evidencia el hecho de que Bonó publicara su novela nada menos que en *El Correo de Ultramar*, de París. El Cibao de entonces contaba con tres magnas figuras civiles y a la vez intelectuales: Benigno Filomeno de Rojas, orador y economista que había asimilado la cultura británica en su larga estada en Inglaterra; Ulises Francisco Espaillat, especie de Benjamín Franklin criollo; y Bonó, un desdoblamiento antillano de Pi y Margall.

Bonó, autodidacto, también como Espailat, como casi todos los escritores dominicanos de su generación, particularmente los del Cibao, fue el estudioso de toda la vida. Su cultura no fue estacionaria, sino en constante evolución, al tanto de la obra de los grandes pensadores de su época, preferentemente de los franceses; cultura acrecentada en sus viajes, en América del Norte en 1858 y en Europa en 1875.¹⁶

Como persona culta, Bonó fue lector de la novela picaresca española. En el lejano 1863, en su descripción del glorioso Cantón de Bermejo, en la guerra restauradora, hay esta alusión al más famoso pícaro español: «Cerca ya de mi rancho vi a un individuo dándose paseos gravemente vestido de frac de paño negro, pero debajo del cual, como el Escudero del Lazarillo de Tormes, no había camisa ni otra pieza que impidiera su contacto con las carnes...».¹⁷

Desde el punto de vista retórico, la obra de Bonó contiene modestamente las dos calidades que en esencia se le exigen a la novela: unidad e interés; y las condiciones que se le piden al novelista: fuerza creadora, maestría en el dibujo de los tipos de los personajes y un estilo llano, fácil, natural.¹⁸ Ajena a la petulancia y la pedantería, *El monterero* se lee con agrado, nos gana en humildad y simpatía, nos incita a la indulgencia.

Para escribir una novela se requiere una especial calidad humana, una singular condición de espíritu, una experiencia como la de Bonó, como la de Cestero, de Marrero, de Bosch, de Moscoso y de otros escogidos de las letras dominicanas. De ahí el rotundo fracaso de los que, sin esa experiencia humana, sin esa condición

¹⁶ En carta del 12 de mayo de 1875, desde Berlín, decía: «Fui a Potsdam y sucedió que el mismo tren en que iba llevaba a los dos Emperadores... el guía me enseñó al emperador Guillermo, viejo de setenta y ocho años, pero fuerte y ágil; al Emperador de Rusia, un hombre; al príncipe Federico Carlos; al mariscal Moltke; al príncipe Bismark. Es decir que en un momento vi todos los hombres que más ruido hacen hoy en el mundo... Fui a ver la casa del Rey Filósofo...». *Papeles de Bonó...*, p.434.

¹⁷ E. R. D., *Papeles de P. F. Bonó*, S. D., 1964, p.121.

¹⁸ Sainz de Robles, *Ensayo de un diccionario de la literatura*. Vol. 1, Madrid, 1954, p.915.

de espíritu y sin suficiente sensibilidad, han escrito algunas novelas tan deplorables como somnolientas.

¿Qué mensaje se desprende de *El montero*, al gusto de nuestro tiempo, en que tanto se habla de mensaje? Quizás señalar nuestra barbarie, la condición infrahumana del campesino, de que también se habla en nuestros días. Esa barbarie, particularmente encarnada en el fandango, culminante en homicidio, descrito en *El montero*, le inspira al novelista algunas reflexiones que anuncian al pensador y al civilista que ya era Bonó, desde la mocedad imbuido en sus profundas ideas y principios de civilización, de bienestar general y de justicia.

Pero si no un mensaje, la novela de Bonó es testimonio de cómo era nuestro pasado en uno de sus más vastos aspectos, porque en la República de su tiempo imperaba la montería con todas sus negativas implicaciones sociales. El mundo novelesco de Bonó no podía estar más allá de sus ojos, sino en el paisaje y en el drama social que tenía ante sí: el campo, en su más bárbara expresión, la montería, y el individuo, el dominicano de la más ínfima escala, el montero.

Como Tomás Carrasquilla en Colombia, el ilustre escritor dominicano quiso ser novelista de su tierra –no como algunos novelistas de su tiempo, fantaseadores de cosas exóticas que no conocían– pero sus intentos fueron malogrados por la disolvente presión del medio en que actuó, de una parte la nefanda política, del otro la pobreza circundante, viejos males dominicanos.

Muestra notable de que Bonó, desde su apartado retiro isleño, seguía el movimiento literario europeo, es su uso de una palabra, una sola vez, la palabra *fisiologista*, derivación de la voz fisiología, puesta de moda en Francia por Brillat-Savarin y luego por Balzac, y acogida sin tasa por los costumbristas españoles.¹⁹ Es curioso

¹⁹ A las numerosas *Fisiologías*, del amor, del negro, del estudiante, del solterón y de tantos otros, se refiere Montesinos en su obra ya citada. *Costumbrismo y Novela...*, pp.95-106.

que hasta nuestra Isla llegase la oleada de *fisiologías* que desde Francia se había desbordado sobre España. En el periódico *El Dominicano*, de Santo Domingo, en 1855, se publicaron, quizás influidos por Larra y por sus seguidores, los artículos de costumbres *Manía de la época*, sobre «el continuo lamentarse», y *Fisiología del miope*.²⁰

El montero tiene, además, el mérito de ser nuestra primera novela realista, nacida tempranamente, ya que apareció en la misma época en que el realismo, antípoda del romanticismo, triunfaba en Francia y se difundía en España, a mediados del siglo pasado, tiempo de auge del costumbrismo. El nacimiento de la novela de Bonó coincidió, pues, con la aparición de la novela de costumbres en España.²¹

La novela de costumbres dominicana se le adelantó en no pocos años a las de casi todos los demás países de Hispanoamérica. La novela típica del realismo argentino es de 1884, *La gran aldea*, de Lucio Vicente López (1848-1894), como lo señala Agustín del Saz en su erudito *Resumen de historia de la novela hispanoamericana*.²²

A través de varias décadas la novela de Bonó se enlaza, por su evidente parentesco, con las grandes novelas hispanoamericanas actuales, como lo comprueba esta afirmación de Luis Alberto Sánchez: «No es necesario insistir en el regionalismo de *La Vorágine*, *Doña Bárbara*, *Don Segundo Sombra*, *Cumanda*, *Los de Abajo*, *Huasipungo*... Cada una de estas novelas refleja sin

²⁰ Tratamos del caso y de los comienzos de la novela y del cuento en Santo Domingo en nuestro libro *Cuentos de política criolla*, S. D., 1963.

²¹ Ayudaría a comprender el caso Bonó, la estructura y tendencias de su obra, el ensayo de estética realista de Gustavo Correa, *Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós*. Bogotá, 1967. (Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo). La novela de Bonó, elaborada con elementos de la realidad presente en su época, cae dentro de la novelística de Galdós, expuesta en su discurso académico de 1897, *La sociedad presente como materia novelable*.

Como simple dato se apunta que por entonces residía en la villa de Santo Domingo uno de los primeros costumbristas españoles, el académico Antonio María Segovia, Cónsul de España en la República, quien publicó un *Diálogo* en el periódico dominicano *El Eco del Pueblo*, Santo Domingo, el 8 de marzo de 1857. Aquí murió su hijo Federico.

²² Agustín del Saz..., Barcelona, 1949, p.59.

propósito antelado el ambiente en que vive su autor. Lo regional y la costumbre resultan ahí efectos de la novela, no causas de ella».²³

Bonó escogió para tema de su novela, como está dicho, lo que en la realidad era lo más novelesco de la vida dominicana de su tiempo: la azarosa, la dramática vida del montero. Por ello es de notarse que en la obra del prócer santiagués no asome, ni aun tímidamente, el lenguaje campesino, que aparecería una década después, en los días de la Restauración; luego, de modo continuo, en las notables décimas de Alix y más tarde en la sorprendente prosa de Juan Bosch.²⁴

Entre los aciertos de Bonó cabe señalar cómo tuvo habilidad suficiente para que el lector de su novela, apenas iniciada la lectura, se sienta en su ámbito, vea sus límites, contemple el paisaje, y si no escucha la voz del montero es porque este no habla el burdo pero natural lenguaje de la montería, sino el del propio novelista. Lo que no es caso singular en la novela hispanoamericana. La novela *Manuela*, del colombiano Eugenio Díaz, ha sido tachada de falta de naturalidad en los diálogos, por el lenguaje demasiado culto puesto en boca de personajes rústicos. Igual reproche puede hacerse a Bonó.

La novela dominicana ha sido de muy lenta andadura. De Bonó se llega, después de un cuarto de siglo, a Galván; así de Cestero a Moscoso, Bosch, Marrero Aristy y Requena; y asimismo de estos a los últimos novelistas dominicanos, algunos de brillante labor. No está demás señalar que en casi todos los últimos novelistas de nuestro tiempo ha prevalecido el ámbito rural de *El montero*, prenda del acierto de Bonó, el primero en nuestra novela realista de ambiente campesino.

²³ Luis Alberto Sánchez, *América: novela sin novelistas*. Segunda edición. Santiago de Chile, 1939, p.234.

²⁴ El uso del habla criolla en nuestras letras data de 1821. Véase nuestro artículo «Del habla dominicana», en *Boletín del Folklore dominicano*, S. D., n.º 1, 1946; y nuestro discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Lengua, *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo*, S. D., 1944.

La historia de la novela dominicana empieza en esta obra. No podrá decirse que es literariamente perfecta, cosa imposible de alcanzar en los tiempos de Bonó, en el pobre medio cultural en que escribió, en el Cibao. *El montero* vale como documento histórico y como testimonio folklórico, más que como obra netamente literaria, no obstante sus méritos en la pintura de los personajes y en las descripciones del paisaje. Por eso debemos leer la novela de Bonó con la añoranza de sus lejanos tiempos y con el amor y la indulgencia que debemos poner en todas las cosas de nuestro pasado. Lo que dice el colombiano Carlos E. Mesa acerca del maestro Carrasquilla, que el antioqueño, el escritor aislado, desconocido fuera de su región, «resulta un adelantado genial del regreso a lo autóctono como cantera de inspiración y de autenticidad literaria», puede aplicarse a Bonó.²⁵

Con razón, señala Entrambasaguas, que se necesita mucho valor para afirmar y proclamar la virtud de lo autóctono y terrígena frente a la invasión de lo erudito y lo extranjero. Ese valor lo tuvo en grado superlativo Pedro Francisco Bonó, tanto en su novela como en sus demás escritos, grávidos de acendrada dominicanidad.

El caso de Bonó y su novela es el opuesto al de Antonio del Monte y Tejada y su *Historia de Santo Domingo*, señalado por Pedro Henríquez Ureña: «cuando se deje de leer como historia, se leerá como literatura». Cuando la obra de Bonó se deje de leer como novela, se leerá como inapreciable capítulo de nuestro folklore, de nuestra sociología. Ciertamente que sus notorios defectos, el descuido, las incorrecciones idiomáticas y estilísticas que afean no pocas de sus páginas, le restan algún mérito a la obra, pero su valor como documento literario no sufre mengua alguna. Bonó, en fin, se adelantó a los ajenos juicios de su obra, con el más valedero de los juicios, el suyo: «la creo –decía–, plagada de defectos y estos de gran bulto. Porque, si hoy que ya encanecido y habiendo leído

²⁵ Carlos E. Mesa, *Cuatro escritores antioqueños*, Medellín, 1968, p.80.

más mis escritos cuando tengo antojos de hacerlos de ellos no se libran, cómo serán los de una obra escrita a los veinte...».

Queden atrás, pues, las discusiones bizantinas sobre *El montero*: que si es novela o cuadro de costumbres; que si el estilo es propio del género... Que al menos se reconozca que la obra, por modestas que sean sus galas literarias, ha sido digna de salvarse del olvido, y que ella agrega un nuevo lauro a la admirable vida de Bonó, el dominicano del pasado cuyas avanzadas ideas se acercan más a las renovadoras ideas del presente.

VI

La obra de Bonó viene a colmar un vacío por demás lamentable en las letras dominicanas: la falta de novela autóctona en un largo período de nuestra era republicana. Su presencia inesperada servirá de estímulo para el estudio de la novela dominicana y en primer término del cuadro de costumbres en boga en los primeros años de la República. A esta altura de nuestra vida, con la angustia de tantas cosas por hacer y por rehacer, bastará apuntar ideas, temas y sugerencias, aun sean apresuradas y volanderas, para que nuestra brillante juventud presente, con mayor tiempo y acierto, realice la tarea crítica que reclaman los viejos textos salvados del olvido. Nos limitamos, pues, a señalar el sitio, en cierto modo privilegiado, que a nuestro modesto parecer debe asignarse a *El montero* en los anales de la novela hispanoamericana.

Ahora nos hallamos frente a la hazaña póstuma del prócer-escritor, prócer de la civilidad y de las letras.

Pasado más de medio siglo ausente de nuestra historia literaria, y asimismo de nuestra historia política, Bonó se incorpora a la vida dominicana de modo principal –gracias a su breve novela y a la sorprendente aportación de sus ideas políticas recogidas en sus sustanciosos *Papeles*, en activa función en el presente– en el momento de nuestra vida republicana en que más se han

debatido y se debaten las ideas, las nuevas y las antiguas, hoy en desbordante ebullición en todo el Universo.

Alta gloria para Pedro Francisco Bonó. Que la más gloriosa de las batallas es la que se gana, como la del Cid, después de muerto.

E. Rodríguez Demorizi*
Santo Domingo, 1968

* Prefacio escrito por Emilo Rodríguez Demorizi en: Pedro Francisco Bonó, *El montero. Novela de costumbres*, Santo Domingo, Julio D. Postigo e hijos editores, 1968. Tomado de la reedición de la *Colección Pensamiento Dominicano, Volumen VI, Novela*, Santo Domingo, editada por el Banco de Reservas de la República Dominicana y la Fundación Dominicana de Bibliófilos, 2010, pp.955-96.

EL MONTERO



CAPÍTULO I

En ese gran recodo que el mar hace al Este Nordeste de la isla de Santo Domingo, cuyo nombre de bahía Escocesa dado por los franceses no ha podido prevalecer a despecho de mapas, hay un lugarejo nombrado Matanzas, que tiene un puerto pequeño siempre hambriento de buques que nunca se toman la pena de anclar en él.

Dos o tres casas esparcidas habitadas por monteros, un fuerte con un cañón y un pequeño arsenal, he aquí cuanto hay del hombre en ese lugar.

Pero si dirigimos la vista alrededor, la naturaleza compensa esta pobreza, desarrollando uno de los más imponentes espectáculos. La bahía abarcando una curva de veinte leguas, cuyas puntas rematan con el cabo Samaná y el cabo Viejo Francés, ve las agitadas olas del Océano Atlántico luchar contra el débil dique de arena, cuya base es una prolongación de las demás, bastardas hijas de la cadena de Montecristi. Dos leguas separan a Matanzas de la embocadura del Nagua, depósito abundante de enormes piedras; y cuatro dista del Gran Estero, uno de los infinitos caños que el Yuna arroja de su seno para entrar en Samaná exhausto con tantas sangrías. El Gran Estero, refugio de millares de patos silvestres, garzas y otras aves acuáticas, derrama compitiendo con su origen todas sus aguas en los valles de la falda oriental de la montaña y forma mil pantanos conocidos y llamados por los naturales Madres Viejas, en las que juncos, berros y grama crecen con una lozanía extraordinaria.

El terreno de todos estos sitios, salvo los ya dichos cenagales, está sembrado de esa robusta, rica y variada vegetación de Santo Domingo. Bosques de limoneros, majagua y uveros cubren el litoral con una entrada de doce leguas al interior, y sirven de

guarida a una infinidad de puercos montaraces, cuya caza es la ocupación de todos los habitantes que pueblan ese espacio, y el producto de las carnes la única renta que poseen.*

Era una apacible tarde de otoño, el sol se escondía por detrás de la elevada cima del helechal; la brisa de mar que todo el día había jugado mansamente en su vasta planería, acababa de ceder su lugar al terral; el océano en su continua lucha exhalaba su poética e interminable queja al estrellarse entre las rocas, y las tórtolas y pelícanos se agrupaban en sus dormitorios favoritos. Esta hora tan melancólica, intermedio de la luz y las tinieblas, es uno de los cuadros en que la naturaleza presenta más tintes que observar y grandezas que admirar, pero ni una ni otra cosa hacía un hombre que salió de uno de los bohíos del lugar y se sentó sobre una piedra que a la entrada de la puerta había. Nada hay más tosco que la fisonomía de este individuo: la grande y poblada barba que circuía su ancha y aplastada cara, caía sobre su velludo pecho y le daba el aire de un escapado de la cárcel, sus narices eran chatas y su boca grande y gruesa, en fin, un conjunto feo, pero que denotaba fuerza y salud. Su traje era el de los monteros en general; chamarreta de burda tela de cáñamo con calzones de lo mismo sujetos a la cintura por una correa con su hebilla de acero, machete corto de cabos de palo y vaina de cuero, cuchillo de monte, eslabón de afilar pendiente de la correa y con una cadenita de hierro, he aquí el vestido; agréguese que según la atinada precaución de los monteros para evitar los estorbos de sombrero entre zarzas y malezas, cubría su cabeza un gorro de paño que en su primitivo origen debía ser negro, pero que la intemperie y la grasa habían puesto de color dudoso, y se tendrá el vestido de nuestro hombre.

Hacía como diez minutos que estaba sentado, cuando una voz femenina y cascajosa salió del interior y dijo:

–Juan, ¿todavía no llega Manuel?, ¿no lo alcanzas a ver? Él que no acostumbra a dilatarse tanto en el monte y no haber llegado hasta ahora.

* Propiamente hablando no hay jabalíes en la isla, pero los verracos montaraces, cuyos cazadores vamos a describir, presentan todos los caracteres que distinguen a aquel del cerdo domesticado; por eso no hemos temido emplear la palabra jabalí cada vez que se trate del verraco cimarrón.

Estas palabras parece pusieron de mal humor al que estaba sentado en la puerta y que había sido interpelado con el nombre de Juan, pues frunció el ceño y murmuró:

–Cuidado que la vieja se inquieta por ese mequetrefe, no parece solo que ya es...

El soliloquio fue interrumpido otra vez por la misma voz que volvió a decir:

–¿En qué piensas, Juan, que te pregunto si alcanzas a ver a Manuel y no respondes?

–Señora, yo bien la oí, pero como no columbraba al muchacho, me pareció inútil responderle, mas oigo uno que canta y creo que es él; por lo demás el muchacho es bastante grande para no perderse, y así no había por qué apurarse.

–Parece, Juan, que olvidas los peligros de tu profesión, cuando supones la caza de los jabalíes sin peligros, y cualquiera al oírte supondría que no has hecho conocimiento con sus colmillos.

–¿Cómo dice usted, señora Teresa, que yo no conozco sus navajas? ¡Válgame la Virgen!, si no sé cómo estoy vivo, bien lo sabe usted, de la terrible herida que me dio aquel que no podían cargar cuatro hombres y Manuel. Preciso será mudar de pellejo para borrar la señal que me dejó en este muslo.

–Bien, ya conozco la voz de Manuel, y aunque sé su valentía y su destreza, sin embargo, cuando no llega a la oración, me inquieto, porque ya tú ves que quien va a ser mi...

–Bueno, bueno, no es menester más explicación; ya lo sé.

A esto un joven como de veinte años, vestido con el mismo traje que describimos en Juan, apareció en un sendero, solo que en lugar de tener los pies desnudos y la cabeza cubierta con un gorro de paño, venía calzado con botines de garras de puerco montés, cosidas con corteza de majagua y se cubría con un pañuelo de cuadros azules enlazado detrás de la cabeza; por último, un hermoso perro de color pardo trotaba junto a él tirado por una cuerda de cabuya envuelta en los cabos del machete.

A medida que se acercaba, se oía más distintamente la copla que cantaba en uno de esos aires populares de Santo Domingo, tan sencillos y armoniosos como las antiguas melopeas.

–Buenas tardes, Juan –dijo el joven concluyendo su copla y acercándose a la puerta.

–Buenas tardes, Manuel, qué tal; los jabalíes han huido del monte, que ya los monteros van por ellos y vuelven vacíos.

–No se chancee, camarada, los jabalíes todavía se encuentran, pero hoy he estado de mala suerte; uno que perseguía desde esta mañana, después de hacernos correr todo el día a mí y a mi perro, acabó por tirarse en la Madre Vieja del Helechal, donde le perdí de vista en medio de la enea; pero no triunfará mucho, pues mañana espero traer colgadas sus dos bandas a la espalda.

–Ave María –dijo entrando en el bohío una joven que venía de la cocina con un manojo de madera resinosa ardiendo.

Estas palabras impusieron silencio a nuestros interlocutores, quienes entrando también, rezaron el Ave María, llevada por la sonora voz del amo de casa que hasta entonces había guardado silencio. Durante seis minutos se oyó el cadencioso sonido del rezo, y cuando llegó el final –*Sin pecado concebida*– una vocería tumultuosa pidiendo la bendición a las personas mayores se armó entre cuatro muchachos de ambos sexos que arrodillados estaban.

Restablecido el silencio entre los niños, volvieron juntos con la joven a la cocina dejando el haz de pino encendido para alumbrar la sala del bohío.



CAPÍTULO II

Componíase el ajuar de esta: de cuatro o cinco troncos de ceiba que servían de sillas en competencia con una barbacoa, mueble formado por cuatro estacas clavadas en el suelo, soportando dos cortos palos atravesados, sobre los que descansaban cinco tablas de palmas barnizadas por el continuo frote de los cuerpos. En un rincón cuatro calabazas llenas de agua, encima de las cuales descollaba una pirámide de jícaras, compitiendo en blancura con la porcelana, y que colgadas por los extremos a las espinas de dos trozos de limonero colocados en cruz, denotaban el aseo del ama de casa. Esta es una de las particularidades en que la mujer del montero pone más conato y lo que da la medida del buen orden de un bohío. En las soleras estaban fijas varias quijadas de jabalíes en cuyos retorcidos colmillos descansaban macutos, cinchas y jáquimas; en fin, dos bateas y una mesa coja, pero muy limpia, completaban el resto de los muebles.

Los materiales empleados comúnmente en la construcción de los bohíos son: horcones que soportan en sus ganchos la poca trabazón de la máquina; las soleras están adheridas a la viga y a las varas por delgados bejuco; las paredes las forman tablas de palmas arrimadas unas a otras y amarradas, o por mejor dicho, encadenadas a varas transversales con el mismo bejuco. Los habitantes de las costas, donde los mosquitos abundan como en ese lugar, a fin de dejar más espacio libre por donde el viento pueda penetrar, cortan las tablas media vara más bajo que la solera para que el ímpetu de la constante brisa de mar acarree esos molestos insectos. Las puertas de los bohíos unas veces se cierran, otras no, según la cantidad de animales domesticados que recorran sus alrededores. Si se cierra y la puerta es vertical,

se hace con sogas al tiempo de acostarse o de salir todos, la misma operación que se efectuó con bejucos para todo el seto; si la puerta es horizontal o de palenque como comúnmente la llaman, con solo añadir cuatro o cinco trozos de palos cruzados a los eternamente interpuestos, queda la puerta defendida de las irrupciones de vacas y demás animales domésticos, que no descansan de noche en busca de alimento.

Excusado es añadir, en vista de esta sencilla construcción, que los monteros son los que fabrican sus viviendas, y que el único instrumento de que se valen es el corto machete de trabajo que también sirve para sus cacerías y hasta en caso fortuito para su defensa, razón porque tampoco es de extrañar que el machete y el montero sean tan inseparables, que puede decirse es uno de sus miembros.

El bohío no tiene más que un seto interior que divide el aposento de la sala. En esta última se come y se hacen todos los oficios caseros concluyendo por servir de noche de dormitorio a los peones del patrón. El primero está únicamente dedicado al reposo del amo de la casa, su mujer e hijos, y sus muebles son los siguientes: una barbacoa más ancha que aquella de la sala, sobre la que está tirado un colchón relleno, unas veces de hojas de plátanos, otras de lana vegetal y que sirve de cama al amo, su esposa y al niño que está al pecho; otra barbacoa del mismo tamaño con un cuero de novillo por colchón y que sirve de lecho a las demás familias, arropada con una sábana, séase cual fuere la cantidad de individuos acostados. La ropa de gala está guardada en un cajón carcomido y en una o más petacas de yaguas; la de trabajar está colgada delante de las camas sirviendo de cortinas o de un cordel flojo amarrado por los cabos a un rincón.

Cualquiera que no sea curioso o no esté ducho en las costumbres de la gente en cuestión, creerá que no hay ninguno de los objetos necesarios al uso casero de una familia, pero se equivocaría de medio a medio si tal juicio formase, pues con solo levantar la colcha que cubre la cama principal se toparía con gran cantidad de objetos cuya exposición entra a veces en los hábitos de algunos habitantes de las ciudades, aunque nuestros monteros, tal vez más cuerdos, prefieren librarlos de la petulancia arruinadora de los muchachos:

platos, tazas, jarros, cucharas, ollas, todo está escondido debajo de la cama, aguardando la ocasión de una visita importante o el matrimonio de un miembro de la familia para ver la luz del día.

Hecha esta descripción indispensable, volvamos a las personas que pusimos en escena. La sala del bohío estaba alumbrada por el manajo de pino encendido que descansaba en el medio sobre una piedra, y un muchacho se ocupaba en quebrar de cuando en cuando las puntas, que ya carbonizadas disminuían la escasa luz que arrojaba. El que había llevado el Ave María y que parecía un hombre como de sesenta años, aunque fuerte y bien conservado, estaba acostado en una hamaca tejida de delgadas cuerdas de majagua. Vestido en la misma forma que Juan y Manuel, se diferenciaba en más limpieza y en una pipa de barro, cuyo humo saboreaba por un corto tubo de copedillo.

Manuel, después del Ave María, amarró su perro a una de las horquillas de la barbacoa, y arreglando su machete entre las piernas con un ademán característico, se sentó sobre dicho mueble, balanceando suavemente sus piernas en el aire.

Juan volvió a tomar la misma postura de antes, con la cara vuelta a la sala, solo que a cada rato fruncía el ceño, y una contracción de ira sacudía su persona cada vez que la joven que había traído la luz y preparaba la cena llegaba de la cocina a buscar alguna cosa necesaria a su tarea, y que mientras la buscaba y la hallaba, dirigía una mirada de soslayo a Manuel.

–Cuéntame, muchacho –dijo el hombre que estaba acostado en la hamaca y que era el patrón de la casa–, cómo has hecho para venir hoy con las manos vacías.

–Tal vez Manuel cogió miedo de andar solo –dijo Juan–, cuando está acostumbrado a montear con un compañero que se exponga a los peligros por él.

–Válgame la Virgen Santísima, Juan –contestó el mancebo saltando de la barbacoa y encaminándose hacia el interlocutor con la mano derecha sobre el cabo del machete–, yo pienso que por usted verme en estas carnes supone que tengo miedo, y por esa luz que nos ilumina le aseguro que ni a usted ni a los jabalíes se lo tengo, y si no fuera por el respeto que debo a la casa en que estamos, yo le haría ver que no soy mozo que le huye al hierro.

–Yo no hablo entre la gente –replicó Juan, levantándose también–, yo voy todos los días al monte y estoy dispuesto a ir ahora, con que así...

–Qué gorgona es esa, muchachos –dijo Tomás–, no creo que ustedes vayan a pelear porque uno fue al monte y no trajo carne; eso sucede todos los días, y tomara yo de pesos fuertes las veces que he ido en balde a montar. Vamos, ustedes son amigos, así estaos quietos. Hola, Teresa –continuó volviéndose a una vieja sentada en un rincón, que murmuraba las multiplicadas repeticiones de un tercio–; hazme el favor de traer la botella de aguardiente que compré el sábado en el pueblo.

Teresa, mujer de Tomás, y de su misma edad, con polleras de algodón azul y collar de cuentas amarillas, se levantó, fue al aposento y volvió con una botella de aguardiente de caña y una jigüerita muy blanca que puso sobre la mesa.

–Vamos, amigos –prosiguió el patrón–, vengan a tomar un trago y que no se hable más del asunto; ustedes son amigos, yo lo soy de ambos, y en fin, por lo que ibais a pelear es una bagatela que ni aun nombre puede dársele.

Diciendo esto, Tomás alargaba la jigüerita con aguardiente a Juan, que la tomó y sin cumplimiento se tragó el contenido.

Tomás volvió a echar, y la presentó a Manuel, que hizo lo mismo que Juan, después echando para sí y bebiéndoselo, llamó de nuevo a Teresa para guardar la botella.

–Pues ahora que ya los dos estáis contentos, dime, Manuel, si podrás responder a lo que te pregunté.

–Sin duda, señor Tomás. Esta mañana salí como usted bien sabe con mi perro; me metí por el caño y caí a la orilla del Nagua, no hacía media hora que había pasado el río e internándome en el monte del Factor, cuando Manzanilla presiente un jabalí que a poco rato se aparece en un majagual, con unos colmillos que me decían tenía a lo menos cuatro años. Mi perro, como digo, en cuanto lo olfateó, empezó a ladrar, lo solté, pero el jabalí se aculó a un árbol y no lo dejaba aproximar; mientras oía el ruido que hacía afilando sus navajas y acechaba un lugar favorable para abalanzarme a él y clavarle el cuchillo, dio un furioso salto sobre mi perro, que se tiró a un lado para evitarlo. –;A él, Manzanilla, a la

oreja! –pero, paff... dio otro salto y echó a correr como una bala; mi perro corre tras él, yo tras mi perro: corrimos dos horas, yo casi no los percibía, cuando distingo al perro solo parado a orillas del Nagua y venteando. –¿Qué es eso, Manzanilla –le digo–, que lo dejaste ir? Presto el oído y oigo el ruido de un animal que sale del agua huyendo. Manzanilla corre para arriba, para abajo, buscando un bajadero, lo halla, pasa, se abalanza chorreando agua tras él, y oigo que trabaja y lo acosa hacia donde yo estoy, detrás de un árbol, esperándolos; pero el muy maldito me vio y empezó otra vez a correr por las laderas del Helechal, quise alcanzarlo, mas en vano, se tiró a la Madre Vieja y me costó parar. Sin embargo, mañana vuelvo, y a menos que no esté encantado, sabremos qué gusto tienen sus costillas.

–Escucha –dijo Juan, con una mirada llena de rencor que el aguardiente no había extinguido y que escapó a sus oyentes–, mañana te acompañaré y veremos si se nos escapa a los dos.

–Si es con ese solo objeto que usted me acompañará, no necesita molestarse, por ser casi un desafío que hay entre mí y aquel animal, y por consiguiente yo solo trato matarlo.

–No –dijo Tomás–, Juan te acompañará, porque yendo dos, llevan más seguridad de matarlo y tienes menos peligros o a lo menos una ayuda en tu empresa.

–Por dar gusto a usted, ya que así lo quiere, convengo en que Juan me acompañe, aunque repito que no hay necesidad.

Acababa la joven que disponía la cena de traer tres platos llenos de sancocho de tocino, que puso sobre la mesa al lado de tres cucharas de jigüero, y ejecutadas estas operaciones, con ayuda de Teresa acercó la mesa a la hamaca del criador para que este pudiera comer sin moverse de su sitio. Tomás llamó a los monteros, quienes después de haber acercado sus asientos que no eran otros que dos troncos de los cinco que había en la sala, se lanzaron ansiosos cada uno sobre su plato de tal manera, que a poco rato solo quedaban los huesos, que la jauría del criador roía gruñendo.



CAPÍTULO III

Tiempo es ya de dar a conocer a la joven que se había ocupado en la cocina hasta entonces y que acababa de sentarse en la sala concluidos aquellos quehaceres. María era la hija mayor de Tomás, criador y dueño del rancho abundante de Matancita y quien se había casado muy tarde, es decir, pasado los cuarenta. Tenía dieciocho años, y aunque no podía pretender un lugar eminente entre las hermosas, no por eso dejaba de ser una fresca y agradable joven. Su color era bronceado por la raza y por el sol, pero su cutis era fino y terso; sus pies y manos tenían la piel dura por los afanosos trabajos del campo, pero eran tan pequeños y finos; su boca era grande, pero sus dientes pequeños y blancos; en fin, su talle tenía aquellas riquezas de formas que encienden en los viejos solteros los malos pensamientos, y que hacían de María una de esas muchachas que no todos los días vemos y que tan agradecidas son.

Criada a catorce leguas de toda población que mereciera el nombre tan solo de aldea, María no había visto por la incuria de sus padres, pues, ciudades, ni otros hombres que criadores y monteros. Las ideas en que había crecido eran una superstición sin el menor asomo moral, justo o injusto. Conservaba su inocencia, porque bajo la vigilancia continua de su madre ni era inducida ni podía cometer faltas. En esta vida semisalvaje, no aseguraría que la joven dejase de tener un corazón tan amante y ardiente como el de cualquiera señorita bien educada, pues sabido es que la educación no es la que engendra la constancia, ni son las ciudades las que poseen pechos de sentimientos delicados y duraderos, pero a lo menos María no había encontrado una persona que hiciese latir su corazón a la dulce palabra de amor ni que desarrollase su tal vez oculta sensibilidad.

Llególe por fin este momento con la aparición de Manuel en la casa. Hijo de un amigo de Tomás que lo mandaba cuidar un rancho que poseía vecino al del criador, Manuel fue recomendado vivamente al cuidado de este. Invitado a permanecer en la casa mientras fuese relevado, aprovechó ansiosamente esta oferta, porque la vista de María le había causado una agradable impresión, esta impresión fue prontamente trocada en un ardiente amor, que no encontró dificultades en ser correspondido. En las gentes de los campos, aparte de esos seductores que dondequiera se hallan, existe una buena fe en el sexo masculino que no le deja entrever la posesión de una hija de familia honrada, solo por medio del santo lazo del matrimonio. Así fue, que no bien se hubo convencido el joven de que era amado, cuando confió a su padre la idea que tenía de enlazarse con María, y su padre que estaba estrechamente unido por la amistad con Tomás, acudió gustoso y pidió para su hijo la mano de la joven, que le fue concedida.

Decimos que Manuel encontró facilidad en hacerse amar de María, pero no queremos dar una triste idea de la resistencia de la joven, porque aunque la larga resistencia de una mujer prueba en nuestro concepto vanidad en prolongar la humillación de un hombre, mejor que virtud; no entra en los hábitos de las jóvenes criadoras esa coquetería y larga simulación que hace a una niña de la ciudad resistir a los ruegos del hombre que ya ama, dándose por excusa a sí misma, que el pudor no le permite confesarlo o que quiere probar la constancia del pretendedor; pobres muchachas que mal excusan la pérdida de un tiempo que malgastan, cuando la vida es tan corta y tan raros los momentos que se nos presentan de ser felices.

Entre criadores y monteros, los jóvenes se declaran el amor, primero con los ojos, como en todas partes, luego el hombre apoya fuertemente un pie sobre el de la mujer, y esto equivale a una declaración circunstanciada y formal; si la mujer retira el pie y queda seria, rehúsa; si lo deja y sonrío, admite; en este último caso se agrega –¿Quieres casarte conmigo?, y si una necia risa acompañada de un bofetón le responde, trueca un anillo de oro o plata con ella y quedan asentadas las relaciones amorosas, pasándose a dar los pasos al matrimonio necesarios.

En el campo, donde las conversaciones a solas pueden ser tan frecuentes, un seductor hallaría todo el lugar necesario para la consecución de sus designios, pero esta libertad no es aprovechada por lo común del montero, que necesita salir de su estado normal para arrojar la timidez que se le redobla con el amor, y vestirse con esa capa de osadía que posee el hombre de mundo. El fandango es la arena de las declaraciones, pero aun para esto se necesita subir una escala a cuyo remate brota la declaración.

¿Y qué es el fandango?, se preguntará. ¡Oh! que no se vaya a interpretar por el fandango andaluz o de otro pueblo u otra raza que no sea la de los monteros. El fandango no es una danza especial; el fandango son mil danzas diferentes, es un baile en cuya composición entra: un local entre claro y entre oscuro, dos cuatros, dos güiras, dos cantores, un tiple, mucha bulla, y cuando raya en lujo, una tambora.

Si queréis verlo os voy a conducir. Veis la sala, dos velas de cera parda pegadas a dos clavos la alumbran. En ese rincón donde más apretado está el grupo de hombres que ocupa la mitad del local, apoyados en sus sables ora desnudos, ora envainados, está la orquesta. Abríos paso y veréis: primero, dos individuos, cada uno empuñando con la siniestra una calabaza delgada, retorcida y surcada de rayas a una línea de distancia, mientras que con la diestra pasean por las desigualdades de los surcos y al compás una pulida costilla de jabalí; las calabazas son güiras; los que las tienen, músicos de acompañamiento y cantores: ahora bajad la vista y veréis los verdaderos músicos sentados en un largo banco con las piernas cruzadas, cada uno trae un cuatro, instrumento de doce cuerdas en que alternan bordones y alambres y de sonido un poco bronco. Volved a salir al lugar vacío que aunque estrecho nunca lo desocupa un galán y una dama. La mujer se levanta sin previa invitación y se lanza girando alrededor del circo donde pronto la acompaña un hombre destacado del grupo de la orquesta; ella va ligera como una paloma; él va arrastrando los cabos de su sable y marcando el compás ya en precipitados, ya en lentos zapateos; la mujer concluye tres vueltas circulares, y entonces avanza y recula hacia el hombre que la imita siempre a la inversa en aquellos movimientos, y aquí es donde él prodiga el resto de su agilidad y

conocimiento de esta danza conocidos con el nombre de puntas. Tan pronto imita el redoble de un tambor como el acompasado martillo de un herrero, o por fin con más suavidad el rasgueo de las güiras. Por último, después de diez minutos concluya la dama con una pirueta a guisa de saludo, y el galán tira una zapateta en el aire y cae con los pies cruzados. Este baile tiene algunas veces el nombre de Sarambo y otras de Guarapo, distinción apoyada en tan pequeñas variaciones que está por demás enumerarlas.

Una de las cosas más notables en estas danzas populares son los cantores, copia fiel, menos el arpa, de los bardos de la Edad Media. Poeta por raza y por clima, su facundia no tiene límites; empuña la güira e improvisa cuartetas y décimas que cambian a medida de los diferentes sentimientos que lo animen. Enamorado, sus coplas respiran comparaciones exageradas y alusiones directas para hacer conocer su cariño al objeto que lo engendra; alaba sus cabellos, su talle, sus ojos y hace sus declaraciones rimadas. Animado por un espíritu pendenciero, entonces no puede cantar solo, es menester un compañero que responda las coplas que sabe, las que improvisa y las que glosa; esto se llama cantar en desafío. Según indica el nombre dado, los versos son una polémica que suscita: uno alaba su saber y el otro le contesta que es un asno; el primero replica con más fuertes palabras, y tales impropiedades en cabezas ya acaloradas concluyen en una zambra general de cuchilladas y sablazos, que hacen ir al otro mundo a muchos pacíficos, pero imprudentes espectadores.

Manuel, joven tímido, no podía prevalecerse de su introducción en la casa de Tomás para enamorar a María, pero en un fandango al que a pocos días de su llegada asistió la familia del criador, empuñó la güira y en versos mal o bien concertados dijo lo que sentía y pintó con tan verdaderos colores a quien iban dirigidos, que la niña advertida ya por las miradas del joven, y a pesar de su ignorancia, conoció que era ella la heroína. Después de esto Manuel dejó la güira, y acalorado por cuatro guarapos, tres sarambos y dos tragos de aguardiente, se aventuró a dar la pisada sacramental que una bofetada castigó o más bien premió. Zanjada esta dificultad, las palabras y los anillos se cambiaron y pronto se ajustó el matrimonio.

Sin embargo, en medio de su recíproco cariño, nuestros jóvenes amantes olvidaban un personaje muy importante en sus amores. Juan entró de peón en la casa poco antes de que llegara Manuel; y se ocupaba en este oficio, tanto cultivando la pequeña labranza del criador como en la caza de los jabalíes a provecho del mismo. El exterior de Juan, además de sus cuarenta años, no era propio para inspirar amor a una joven por muy simple que fuese, y así fue que enamorado de María solo pudo lograr respeto y amistad en cambio de sus atenciones y obsequiosos servicios. En balde arrollándose las mangas de su chamarreta mostraba sus nervudos brazos y en agradable y cadencioso vaivén raía la yuca que daba el almidón y cazabe necesario a los usos de la familia. En balde en los fandangos improvisaba décimas, glosaba quartetas dirigidas a la joven y sacaba a lucir los más difíciles zapateos de bailarín conocido, nada de esto conmovía a María, todo lo había echado en saco roto nuestro amante; pero como el amor es un niño caprichoso que a veces vive de contrariedades, la indiferencia de María ponía cada día más enamorado a Juan, y ya se deja suponer la rabia que engendró en su pecho el mutuo cariño de los dos prometidos.



CAPÍTULO IV

Apenas la aurora sacudía su rubia cabellera en el Oriente, precediendo al padre de la luz, cuando Juan y Manuel vestidos como el día anterior, cada uno con su perro tirado de los cabos de sus machetes y después de beber dos tazas de café, doblaban la punta de Matancita y emprendían su cacería a la orilla derecha del Nagua. Nuestros monteros caminaban silenciosos y sus perros trotaban a sus lados olfateando e inquietos: ya el sol doraba la cima del helechal, cuando internándose en la espesura del bosque Juan hizo alto, y apoyándose en un tronco, dijo a su compañero:

–Anoche porque estábamos entre casa y porque oyera una persona que no eres cobarde, te pusiste a decir palabras que me disgustaron y que deseara saber si eres capaz de repetir en este sitio.

El tono insolente de estas razones no dejaron duda al joven de que Juan lo había querido acompañar para batirse, y como uno de los lados más sobresalientes del montero es ese valor que no consulta y arriesga su vida por un sácame allá esas pajas, Manuel contestó con dureza:

–Juan, usted es mayor que yo en edad y debía respetarlo, pero ya hace días que estoy cansado de sufrir sus maneras y sus majaderías, por consiguiente no me desdigo de lo de anoche. Ni a usted ni a nadie tengo miedo, y si lo duda, el paraje en que estamos es bueno para probarlo.

–No te apures, chico, conozco el sitio y tanto, que debes haber conocido que si te acompaño es para lo que de aquí a un poquito puede pasar. Sin embargo, antes de llegar ahí, quiero proponerte una cosa: vamos a pelear ahora mismo, pero si quieres que sea tu amigo en lugar de enemigo, deja ese casamiento, vete donde tu padre, y te prometo...

–Basta... ¡Está usted loco!, que deje yo mi matrimonio con María, primero difunto; ya sé que usted me busca pleito porque ella no le ha querido corresponder, y usted debía conformarse en lugar de buscar riñas; por lo demás, yo estoy dispuesto a pelear, y así...

–Así que no se hable más del asunto, saca tu machete y adelante para ver si eres hombre.

Diciendo esto, Juan con grande ira por las respuestas del joven, desenvainó su machete y arremetió contra Manuel que ya con el suyo desenvainado lo esperaba.

Durante dos minutos los hierros echaron chispas y los cabos del de Juan se enrojecieron por una herida que recibió en la muñeca; esto avivó más su coraje, y descargando un recio mandoble sobre el cráneo de su contrario, lo derribó.

El montero es generoso, y aunque le falta aquel tinte de saber vivir que hace al hombre civilizado acompañarse de un testigo y un cirujano en sus desafíos, no por eso en cuanto su enemigo cae deja de socorrerlo o de avisar en su socorro, pero esta vez no sucedió así. Juan quería matar a Manuel porque juzgaba que impediría el matrimonio y haría olvidar a María aquel que tanto amaba, haciéndose querer él, cuando el tiempo hubiera totalmente apagado su recuerdo. ¡Qué raciocinio el de los enamorados necios!

Juan, acosado por los celos, tenía ganas cuando vio el joven en tierra de acabarlo, y lo hiciera si un ruido que venía de la maleza no lo disuadiera, entonces creyendo que eran monteros que discurrían por la selva en pos de caza y que podían verlo, envainó apresuradamente su machete y escapó con toda la ligereza de que era capaz.

Manuel, aturdido por el furioso machetazo, se desangraba; su perro que en la prisa de venir a las manos había quedado engarzado en la vaina del machete durante el combate, presintiendo una pieza, tiraba de su pobre amo y olfateaba en dirección del ruido que había puesto en fuga a Juan, en fin, el ruido aproximándose, apareció un jabalí, el mismo que el día antes amo y perro habían perseguido infructuosamente: ¡extraño efecto de la casualidad que el que había querido matar le salvase la vida! A la vista del animal, Manzanilla tiró con más fuerza y empezó a ladrar con furor. Séase que el aturdimiento se le hubiese pasado, séase que

los tirones y los ladridos de su perro lo sacaron de él, Manuel abrió los ojos y pudo sentarse. Viéndose solo, bañado en sangre y en tan triste estado, la palabra «ruin» se escapó de sus labios, pero haciendo un supremo esfuerzo logró levantarse, y con paso tardío, chorreando sangre y parándose de rato en rato para cobrar aliento, se dirigió a casa de Tomás.

Tenía dos leguas que salvar y más bien lo sostenía su valor que sus fuerzas; luego un recuerdo lo agujoneaba, porque si se detenía, la muerte podía ampararse de él antes de que se viera unido a la que tan cara le era y que tan bien pagaba su amor; este pensamiento lo acosaba, y maldiciendo al autor de su desdicha, procuraba avanzar, a pesar de que sus fuerzas lo abandonaban. Por último, sintiendo estar próximo a caer, se sentó, quitóse el pañuelo de la cabeza, exprimióle la sangre, y aún todo empapado procuró doblarlo como un vendaje, pero un desmayo lo tendió de nuevo por tierra.



CAPÍTULO V

El sol de mediodía dardeaba sus abrasadores rayos sobre el bohío de Tomás; el criador se columpiaba suavemente en su hamaca fumando su pipa; María, concluidos sus trabajos de cocina, se ocupaba en coser una chamarreta de uno de sus hermanitos, sentada sobre el quicio de la puerta del aposento; los niños jugueteaban debajo de un frondoso naranjo que a diez pasos del bohío había; Teresa con una rueca hilaba la costura de María; en fin, todos hacían la siesta conforme a su gusto y hábitos.

–María –dijo Tomás, arrojando una bocanada de humo que subió ligera y se dilató en el aire–, Juan y Manuel debieron salir muy temprano, puesto que no los oí partir.

–Sí, señor, todavía las gallinas no se habían apeado del palo, cuando ya ellos habían bebido café y partido.

–Yo creo –volvió a decir Tomás–, que el jabalí no se escapará esta vez como ayer; ambos son buenos monteros, y será preciso que haya desaparecido para que mañana no lo salemos.

La joven no respondió, porque volvió rápidamente la cabeza hacia Manzanilla que acababa de pararse jadeante en medio de la sala; sin duda esperaba verlo seguido de su amo, pues su vista tornó a la puerta y su oído prestó atención a los ruidos exteriores.

–Nuestra gente vuelve pronto –dijo Tomás–, he aquí a Manzanilla, compañero inseparable de su amo, que ya ha llegado.

Pero el perro en lugar de arrinconarse como acostumbraba en las raras ocasiones que precedía de algunos momentos a Manuel, se puso a tirar de la ropa al criador, parándose de cuando en cuando en esta operación para mirarlo y después volver a repetir.

Tomás, impaciente mejor que admirado de la extraña conducta del perro, y viéndolo hincar los colmillos a través de las redes de

la hamaca en sus pantalones, principió a enfadarse, hasta que incomodado por la nunca usada insistencia del perro, dióle una patada diciendo:

–Quita allá... Habráse visto cosa semejante... Querer hacer trizas mis calzones... bonito estás para retozo... marcha a acostarte. Pero el perro en lugar de obedecerle ni quejarse por tan duro tratamiento, principió a ejercitar iguales maniobras con María.

–Padre –dijo esta–, qué tendrá Manzanilla; véalo como me tira de la ropa, y Manuel que lo trae siempre a su lado hace una hora que no llega.

Tomás en lugar de contestar a lo que él creía preguntas pueriles de su hija, se tendió cuan largo era en la hamaca y empezó de nuevo a despedir bocanadas de humo.

–Madre, repare usted a Manzanilla –dijo María a Teresa.

–Sí, hija, lo veo, pero no atino por qué te inquietas por sus halagos.

–Madre, alguna cosa puede haber sucedido a Manuel, tal vez ha quedado herido por algún jabalí entre el monte.

Levantándose después y con esa intuición de las personas que aman bien, continuó con vehemencia:

–Manzanilla nunca lo abandona y se aparece aquí sin él, y luego estos tirones que me da como para indicarme el peligro de Manuel...

–Voto a los diablos, María, qué niña eres –dijo Tomás, interrumpiendo a Teresa, que procuraba consolarla, y quitándose la pipa de la boca y sacudiendo en el suelo las cenizas que quedaban en el fondo; –bien puedes decir –prosiguió, sacando una vejiga de vaca repleta de tabaco picado y volviendo a llenarla–, bien puedes decir que eres la muchacha más tonta que se conoce. Dime, ¿cómo puedes creer que Manuel esté según imaginas, si tiene a Juan por compañero?

Estas palabras al parecer razonables no consolaron a la joven; por el contrario, siguió en su mente otra idea que le despertó mayores temores que Manzanilla aumentaba con su insistencia.

–Padre, usted puede tener confianza en Juan, pero yo no la tengo, y soy capaz de apostar que a Manuel le ha sucedido algo.

-¿Y por qué no tienes confianza en Juan, acaso es malo o te ha dado motivos para que desconfíes de él?

María solo respondió con una mirada suplicante que dirigió a Teresa y que esta comprendió.



CAPÍTULO VI

Debemos advertir que Tomás nada sabía de unos sentimientos que Juan le había ocultado cuidadosamente, esperanzado en conquistar primero el cariño de su hija para después declararlos, mas esta ignorancia no se extendía hasta la madre que adivinando con la perspicacia de su sexo el amor de Juan, había interrogado y recibido las confidencias de la niña sobre el disgusto que le causaban las persecuciones amorosas del peón, así fue que comprendiendo por la mirada de su hija, los temores que abrigaba, dijo:

–María tiene razón, Juan no es la mejor compañía que Manuel puede tener, y no sería de extrañar que los dos cruzasen en el monte palabras que hayan concluido de mala manera para el muchacho.

–¿Y por qué lo supones así, Teresa? –replicó Tomás.

–Dígoles –contestó la vieja, queriendo ocultar la verdadera razón–, porque si mal no me acuerdo, anoche Juan trató de cobarde a Manuel, y ya iba a querer pelear cuando tú interviniste.

Aunque medio convencido, el criador exclamó:

–¡Qué locura! Solo en cabeza de mujeres pueden haber tales ideas y temores. Ea, María, da, como hice yo, una buena patada al perro y verás cómo te deja.

Pero María en lugar de obedecerle se levantó exclamando:

–Padre, por Dios, hágame el favor de salir con Manzanilla a ver dónde él lo dirige y procure buscar a Manuel.

Las grandes convicciones tienen una fuerza irresistible, y aunque el criador era idólatra de su siesta, el tono angustiado, la vehemencia con que su hija le hizo la súplica y el recuerdo de lo que había pasado la noche anterior, pudo más que sus ideas de

holganza. Por tanto se levantó, y descolgó de un clavo su machete, se lo amarró y salió fuera palmoteando sobre un muslo y diciendo:

–Aquí, Manzanilla, aquí.

El perro dio dos brincos, y cogió trotando la delantera.

Dijimos que el sol estaba en mitad de su carrera y sus rayos ardientes cayendo a plomo sobre la cabeza poco resguardada de Tomás, le hacían acelerar el paso; el perro volviendo la cabeza de cuando en cuando como para ver si era seguido, doblaba el trote, sin tergiversar ni detenerse.

–¡Hum! –iba diciendo Tomás, enganchándose en el nudo del pañuelo la pipa que acababa de sacudir otra vez con la palma de la mano, que María puede ser que tenga razón, Manzanilla no dice por aquí voy, por allí iré y sigue derecho como un huso. Diablo, diablo. Sin embargo, es un poco lejos y el sol me tuesta un poquillo. ¡Eh!, Manzanilla, coge el galope, si creerá que estoy para imitarlo; pero se para y ladra, si no me engaño voy a certificarme de quién tenía razón, María o yo.

El perro, como decía el criador, acababa de pararse, y este lo vio olfateando el cuerpo de un hombre tendido en la arena del mar. Tomás habiéndose acercado conoció a Manuel, pálido, yerto y empapado en sangre ya coagulada formando capas en su piel y vestidos.

–Por todos los santos de la corte celestial –exclamó, levantando la cabeza del pobre mozo y viendo la horrible herida que en ella tenía–; esto no fue jabalí, fue hombre; ah, canalla de Juan, qué buenas obras haces y cuánto no diera por tenerte frente a frente en este momento, para que pagaras la muerte del hijo de mi amigo y esposo de María–; luego, sintiendo un casi imperceptible movimiento del herido, añadió: –Alabado sea Dios, no está muerto y tal vez volverá en sí dentro de un rato, pero yo solo, no sé cómo haré para cargarlo, porque esperar que este pobre mozo pueda valerse de sus pies por el momento es pensar que ahora es de noche. Lo mejor será –agregó, después de una espera– quitarlo de este sol que abrasa, ponerlo debajo de aquella guama, y esperar que con la frescura recobre sus sentidos, para yo ir al Juncal a buscar a mi compadre Feliciano y otros que me ayuden a conducirlo a casa.

Mientras esto decía, Tomás cargó lo mejor que pudo el descoyuntado cuerpo del joven y lo depositó debajo del árbol; este cambio de temperatura produjo una reacción, y a poco rato dio señales de vida, abrió los ojos y aunque la vista se la tenía apagada la debilidad por la sangre perdida, pudo conocer a Tomás que esperaba ansioso esta muestra de vitalidad.

–En fin, gracias a Dios, abriste los ojos. Te aseguro que hace años no había pasado un susto semejante; hace tanto rato que estabas como muerto que ya creía lo fueras de veras; pero yo no puedo hacer nada solo en el estado en que te hayas, y por tanto procura sacar fuerzas de tu flaqueza para no caer en otro desmayo, mientras transcurre el tiempo suficiente para yo ir al otro lado de la boca del río a buscar ayuda.

Después de esta extraña recomendación propia de un montero, Tomás pasó la boca, tomó una vereda entre uveros y majaguales, y llegó a uno de los bohíos del Juncal, donde un hombre como de cuarenta y cinco años estaba en la misma posición que el criador, antes que los temores tan fundados de María lo hicieran venir a socorrer a su futuro yerno.

–Compadre Feliciano –dijo, llegándose sin más preámbulo al acostado, vengo a pedirle el favor de ayudarme a cargar a Manuel que he encontrado mal herido del otro lado de la boca.

Feliciano quiso interrogar, pero Tomás lo detuvo.

–El caso pide urgencia, compadre, y como los dos no podremos cargarlo, mientras yo voy a requerir más gente, vaya usted preparando una hamaca donde podamos acostarlo.

–Bien, vaya usted, compadre.

–Hola, procure también preparar una botella para los cargadores, pues usted debe reparar que el sol arde y hará sed en el camino.

–Pierda cuidado, compadre, a mi cargo queda.

Tomás volvió al cabo de diez minutos acompañado de cuatro monteros que había reclutado en los bohíos circunvecinos, y encontró a Feliciano ya preparado: la hamaca amarrada a dos gruesas varas a guisa de litera, y una botella de aguardiente de caña debajo del brazo.

–Compadre –decía Feliciano, luego que se pusieron en ruta–, usted me cogió tan de susto, que no tuve lugar de preguntarle cómo había sido herido Manuel y quién lo hirió.

–A nada de lo que usted pregunta puedo contestar, porque nada sé y solo hago suposiciones. Sin embargo, puedo decirle que esta mañana salieron Juan y Manuel a montar, y que hará poco más de dos horas que Manzanilla se nos apareció en casa, y tanto brujuleó y tiró de la ropa a María, hasta que a la muchacha se le puso que su novio estaba en peligro haciéndome venir en su busca, y tan poco se engañó la chica, que estuvo usted a pique de asistir al entierro de él, en lugar de servirle de padrino en sus bodas.

–¡En verdad, compadre, que usted me admira! Un perro tener la inteligencia de buscar socorro para su dueño.

–Tan la tiene que aquí me trajo y él se quedó al lado de Manuel.

Y así era, el admirable instinto del perro parece había previsto que si Tomás abandonaba a su amo, era momentáneamente para buscar ayuda, y como un centinela en su puesto, había aguardado al lado de Manuel.

Habiendo llegado Tomás y su comitiva, hallaron al joven en todo su conocimiento, pero en tan gran debilidad, que no podía mover un brazo; cargáronlo y tendiéndolo en la hamaca, apoyaron cuatro de ellos las varas sobre sus hombros dirigiéndose a casa de Tomás.

A medida que los cargadores eran relevados en las dos leguas que habían de andar, Feliciano tenía cuidado de mojarles la garganta con un buen trago que el aficionado empinaba *ad libitum* boca con boca de la botella agarrado, y como a todos les llegaba su turno, él no dejó de ser uno de los que más largo rato estuvo haciendo puntería a las nubes, solo que el disparo salía a la inversa, y el fuego líquido pasaba a la digestión del honrado padrino del herido.



CAPÍTULO VII

Si sin querer ahora describir el dolor de María, las exclamaciones de Teresa y el espanto de los niños cuando la litera entró en el bohío, pasaremos a dar rápidamente algunas explicaciones, no sobre el instinto del perro en venir en busca de ayuda para socorrer a su amo, porque este instinto, aunque muchas veces se ha probado en circunstancias idénticas, no por eso ha sido explicado por fisiologistas y filósofos, pero diremos que Manzanilla luego que por segunda vez vio caer a su amo, aguardó a que se levantase, y viéndolo no hacer movimiento, tiró en varios sentidos la lazada que lo prendía, y como esta consistía simplemente en dos vueltas alrededor de la vaina, pudo desprenderse y corrió hacia la casa.

Cuando Manuel cayó nuevamente aún brotaba la sangre, pero pronto se coaguló y cerró los bordes de la herida; esto fue lo que salvó su vida expuesta tanto por la violencia del golpe como por la hemorragia.

Una herida entre monteros, por grave que sea, no es cosa para dar mucho quehacer a los facultativos, se entiende a sus facultativos. El cirujano del montero es su mujer, otro montero vecino, o cualquier otro allegado: cuatro o cinco puntadas para formar la sutura y un paño empapado en aguardiente alcanforado es toda la cura, sancocho de tocino es el alimento, y para eterna vergüenza de los inventores de bálsamos y de Mahoma, que prohibió el tocino, los resultados obtenidos son los más concluyentes en abono de este método.

Manuel estuvo quince o veinte días cuidado por María con una solicitud de madre. León Guzmán, su padre, que había llegado a la noticia de su herida, viéndolo enteramente restablecido y

observando el desvelo y afecto de la niña, activaba el enlace proyectado; esto originó una gran porfía entre Tomás y él. Cada uno quería que después de las ceremonias religiosas fuesen celebradas las bodas en su casa, y la porfía no tuviera fin con los fundados alegatos que cada cual exponía, si el compadre Feliciano presente a ella no interviniese declarando: que como padrino le tocaba el gasto, que bajo este concepto engordaba expofeso un lechón y su mujer preparaba las cajetas de conservas de naranjas y piñonate necesarias, y que no era razonable que le hicieran el desaire transportando las bodas más lejos, cuanto más que un viejo que vivía con él, renombrado en asar lechones, era el encargado de prepararlo, y que dicho viejo podría a lo sumo venir a casa de Tomás, pero no tan lejos como a casa de León. Estas razones cortaron la cuestión y fue decidido celebrar las nupcias en casa de Tomás.

Pronto todo está de fiesta en esta. El depósito de calderas, cucharas, jarros y otros utensilios que estaban debajo de la cama sale a ver la luz del día, pero esto no bastará a la multitud de convidados, y otros tantos depósitos de otros tantos amigos se le agregaban. Teresa no puede acompañar a los novios al pueblo, y se queda preparando el recibimiento que se les hará a la vuelta. Amaneció el gran día y desde el alba llega el padrino, la madrina y a poco el acompañamiento se acerca, de dos en dos, de tres en tres, todos vienen a caballo, porque no es paseo y sí una jornada de catorce leguas que se va a hacer. Los hombres vienen de gala, sombrero de fieltro o yarey, pantalones holgados, chaquetas de paño con hileras de botones de metal y zapatos de cordobán a cuyos talones están calzadas espuelas de sabaneros. Los jóvenes traen los chalecos que fueron de sus abuelos; los viejos, enganchadas por precaución detrás de la oreja, una pipa de corto tubo, pero todos vienen en sillas un poco decrepitas cuyas fundas dejan relucir la cabeza de una o dos pistolas dedicadas, no a la defensa del individuo, porque el largo sable que cada convidado tiene en la cintura pendiente de un blanco cinto de algodón tejido por manos criadoras, basta a la de cada cual, pero sí para alegrar la fiesta disparándolas a la salida o entrada del pueblo y de la casa. Las mujeres están vestidas de muselina o zarazas, van

a horcadas sobre aparejos primorosamente trabajados con embutidos de grana y llevan los pies zambullidos en árganas de yarey finamente tejidas; para resguardarse del sol se cubren con gorras de fieltro hermoideas con plumas prendidas a una hebilla dorada o con sombreros de yarey sin atavíos. La novia y el novio solo se distinguen de los demás en que los arreos del caballo de la primera son más ricos de embutidos y borlas de pita, y en llevar el segundo un sable de vaina de cobre. En resolución todos están contentos, todos han hecho honor al desayuno preparado por Teresa, y todos se despiden en medio del humo de una salva general de pistoletazos.

Cuando hubieron pasado el Nagua, Feliciano se volvió a los hombres de la comitiva diciéndoles:

–Caballeros, debemos estar todos reunidos a las cuatro de la tarde en el Alto de las Jabelas para entrar en el pueblo en orden; lo aviso a los que quieren correr y a los que van despacio para que procuren encontrarse.

Dicho esto, los viejos se quedaron atrás y los jóvenes galoparon delante; los novios se quedaron en medio de los primeros, porque aunque jóvenes el lazo que les iba a unir y el contento que sentían bastaban para no necesitar el suplemento de animación que en la carrera buscaban los primeros; además la mesura sienta bien en semejante circunstancia, y por esto lentamente pasaron los cincuenta y dos pasos del Nagua y los insondables fangos de los Fernández, Factor y La Bajada.

Los primeros crepúsculos de la noche habían invadido el horizonte, cuando la pequeña caravana en gran completo se hallaba reunida en el lugar de la cita. Los hombres cargaban sus pistolas, las mujeres, entre las que había algunas con niños de teta por delante, se arreglaban la gorra, el pañuelo, los pliegues del vestido con esa minuciosidad e imponderable gracia que toda hija de Eva pone al presentarse como blanco de muchas miradas.

–Compadre Feliciano –dijo Tomás–, ¿daremos la pavoneada o nos vamos directamente a la posada?

–La pavoneada, compadre; un desposorio cual este debe enseñarse en todas las calles. Oíd, señores –continuó, dirigiéndose a todos–, preciso es arreglarnos para la pavoneada.

Los hombres se dirigieron en dos filas y las mujeres en pelotón compacto.

La pavoneada es un paseo que por dos o tres calles da un desposorio para enseñarse; la pavoneada, como bien dice su nombre, es, pues, muy semejante a la rueda que hace el pavo, cuando abriendo la cola y contoneándose, alarga el moco e irgue el cuello, a la verdad nombre más exacto no se verá, puesto que lo que muestran los más de estos desposorios se parece poco más o menos a lo que exhibe el pavo.

La comitiva se había puesto en marcha otra vez, y el compadre Feliciano que la capitaneaba, iba tan embebido en arreglar los muelles roídos de orín de una de sus pistolas que se había descompuesto, que no reparó que su caballo bajaba por un barranco de la Quebrada Grande, en cuyas fangosas aguas no dilató en caer, quedando enlodado de arriba abajo. Este accidente causó la risa de toda la compañía, y Feliciano creyendo que se hacía burla de él, empezó a jurar, pero Tomás lo apaciguó y tornaron a andar entrando en el pueblo antes de anochecer, en el mismo orden de fila y pelotón.

Una cabalgata es en todas las poblaciones pequeñas un motivo de curiosidad, aunque a decir verdad pocas cosas dejan de ser curiosas en este mundo, donde cualquier futilidad presta campo, tanto al que la ve superficialmente, como al moralista o filósofo que la examina desnuda y analiza ya remontando, ya bajando a su origen y efectos. Nuestra cabalgata no se le podía atribuir otro origen, solo la vanidad de mostrarse a ocasión de un matrimonio, y si un filósofo disecándola de la alegría que en todos los rostros rebosaba hubiera profundizado hasta el remate, sus cálculos tal vez no se hubieran concluido en las dulzuras y pesares del himeneo; la compañera tal vez dulce y amable, tal vez agria y tormentosa pasada la luna de miel, los cuarenta mil y pico de gritos, sollozos y mimerías de la prole, las ingratitudes, disputas de los hijos grandes, etc., y quién sabe hasta dónde hubiera llegado en esta progresión matemática, sordo a la voz de su razón que interiormente debía gritarle: –Tanta vanidad hay en ti calculando esas probabilidades, como en esos que dan la pavoneada por solo enseñarse.

Todo el pueblo salió a las puertas en cuanto resonó la salva de entrada para ver a los novios, pero como el objeto del paseo era puramente mostrar la andadura de sus caballos y la gracia de los jinetes, en cuanto al parecer lo hubieron logrado, fueron a desmontarse sin más averiguación en la casa de un amigo del padrino que se había escogitado por posada.

Amaneció el día siguiente y concluidas las ceremonias de uso, nuestros casados salieron de la iglesia. Al entrar en la casa, donde ya un copioso desayuno los aguardaba, todos los del acompañamiento repitieron la salva y unos hubo tan acalorados por el humo, el ruido y sendos tragos que habían envasado, que tuvieron por galantería disparar debajo de la mesa sus pistolas, que al ser disparadas en medio de damas de nervios delicados, a muchas hubiera sido necesario hacer respirar doble agua de Colonia; peripecía fue esta que no tuvo lugar entre nuestras campechanas acostumbradas a golpes más rudos para conmovearse y por esto a poco rato la cabalgata salía del pueblo en la misma forma que cuando la entrada.

No todo el acompañamiento iba firme en los estribos, pero no hubo accidente desgraciado que deplorar en la jornada que tuvo fin en los Hernández donde hizo noche en casa de dos monteros amigos de Feliciano.

Los primeros rayos del sol en una mañana apacible sorprendieron a nuestra gente desembocando en la dilatada playa de Matanzas. Era un bello espectáculo ver este grupo, verdadero tipo de los monteros en disposición de divertirse, serpenteando al galope en los mil recodos de esa inmensa ensenada; ver a los hombres encaminar los indóciles brutos por medio de la ola que espiraba a sus pies; ver las catorce leguas de la bahía alumbrada por ese sol de las regiones intertropicales; ver por fin las ya cercanas, las ya lejanas elevaciones líquidas, que uniéndose y renovándose continuamente, al estrellarse en la orilla hacían aparecer una franja perpetua de blanca y bullente espuma.

–Atención, caballeros, es preciso detenernos aquí a cargar las armas –dijo Feliciano, viendo ya cerca la casa de su compadre–, alcanzo a ver mucha gente que nos aguarda en la puerta, y es preciso mostrar que entramos como hombres a quienes no hace

falta la pólvora, cuando acompañamos a los amigos en ocasiones como esta.

Todos cargaron, menos quien lo hacía hacer, porque su pistola acababa de perder, de puro gastado, el tornillo que sujetaba el cañón a la carcomida caja; sin embargo, para no quedar avergonzado de esto que él llamaba desgracia en tan excelente arma, la empuñó de manera que no se desprendieran las dos partes. A la descarga general que se hizo al poner pie a tierra, Feliciano arrojó con disimulo a diez pasos el cañón y quedó con la caja en la mano diciendo:

–Aviso para los que cargan demasiado sus pistolas, la mía llena hasta la boca por poco me mata, el cañón voló con la fuerza del tiro, vean, fue a parar a diez pasos.

Todos lo creyeron y todos se admiraron, y él con la mayor sangre fría recogió su cañón, mientras tanto Teresa abrazaba con efusión la hija de quien pronto iba a quedar separada, y los convidados entraban en el bohío.



CAPÍTULO VIII

La sala de este presentaba un aspecto muy diferente del que antes describimos. La misma rusticidad de construcción, pero con todas las mejoras y atavíos que el lugar podía dar. El suelo antes quebrado, irregular y seco, estaba liso, húmedo y cubierto con una capa de menuda arena. La pirámide de jigüeras, las calabazas y bateas habían desaparecido, y en su lugar estaban colocadas sólidas y bajas barbacoas que servían de bancos al acompañamiento. En medio de la sala cuatro mesas de otros tantos vecinos se alineaban cubiertas de blancos manteles y sobre ellas se ordenaban hileras de platos, interrumpidas de tres en tres por una cuchara y un tenedor de plata o de acero; el cuchillo siendo mueble inútil porque cada cual carga siempre uno para servirse, estaba excusado. En resolución todo anunciaba que se iba a servir una comida si no exquisita, a lo menos abundante y en armonía con los robustos estómagos que la iban a digerir.

Probábalo además la perspectiva interior de la cocina, donde acababa de darse la última mano a los guisados por un enjambre de pobres monteras transformadas en cocineras, pero a quienes este oficio no privaba de participar a todos los regocijos de la fiesta. En medio de ella descollaba el lechón del compadre Feliciano, grueso animal que podía pretender mejor el título de jabalí por su tamaño que el modesto con que su propietario lo revistió. El viejo anunciado para guisarlo, anciano de perpetuas soletas, daba vueltas al asador de guayabo en que estaba espetado, descansando sobre dos horquetas del mismo palo al ardiente calor de un montón de brasas encendidas. La grasa chirriaba al caer en las ascuas y el pellejo había adquirido ese color dorado que prueba tanto lo bien cocido como lo esponjoso y delicado. La batería de

ollas y calderas en que andaban las ya dichas cocineras, despedían el humo de diferentes manjares. Aquí una enorme cazuela hervía aún después de ajoçada con el sabroso sancocho. Allá una gran caldera recibía el negro y aromático licor que tan agradable es después de comer. Acullá, en una hornalla, especie de hornete descubierto, se veía un semicírculo de plátanos medio maduros, ya tostados y cocidos por el calor de las paredes donde yacían. El cazabe que hacía un peón en un burén ayudado de su paletilla y de la concha de tortuga, el arroz, las gallinas ya adobadas, todo, en fin, denotaba el principio del banquete.

La mesa se cubre de manjares, el lechón es trinchado en una yagua verde y fresca, y los convidados se sientan alrededor de la mesa colocando a la cabeza los novios, padres y padrinos; pronto al silencio que guardan las personas que satisfacen el hambre, sucedió la bulla y la algazara. Los vasos son chocados con brío, las botellas circulan con velocidad en medio de las risotadas y rudos cumplimientos, entre los que sobresalen algunos muy directos, son dirigidos a los recién casados.

Después del banquete cada uno trata de asegurar, si no lo ha hecho antes, un buen pasto a su caballo; esto fue también lo que hicieron nuestros convidados echando sueltas a los suyos en medio de la abundante yerba que en el cercado había.

Siendo ya tarde, los ordenadores de la fiesta, Feliciano y Tomás, organizaron el fandango con que se debía dar fin muy entrada la noche a la función. La llegada de los músicos, requeridos de antemano, facilitó la ejecución, y a las cuatro de la tarde ya estaba en pie con dos cuatros, un doce, un tiple, tres güiras y una tambora.

Todo iba a las mil maravillas; eran las once de la noche, se habían bailado algunos sarambos y guarapos y se estaba castañeando en las ondulaciones de un fandanguillo, cuando en medio de las bambas se oyó un sonido ronco, cual el gruñido del puerco y el balido del ovejo, con esta modulación: brrum, y en medio del grupo de cantores, músicos y bailarines, apareció la figura bien conocida de Juan.

–¿Quién roncó ahí? –saltó la voz de Feliciano, al cual no se le escapó la intención hostil de que estaba impregnada–. Pregunto a todos, señores –dijo, abriéndose paso en medio de los bailarines–,

porque nuestra diversión no es para armar quimeras, solo para celebrar el matrimonio de mis ahijados y debemos procurar que concluya en paz.

–Viejo Ciano –dijo el recién llegado–, quien roncaba era yo, y si lo hice fue porque me dio la gana.

–¿Qué es eso? –dijo, asomándose Tomás por entre el grupo–, basta, Juan –continuó conociendo la causa del alboroto–, lo que hiciste te lo he perdonado y esperaba no volver a verte, pero ten en cuenta que hay otras personas a quienes ofendiste que no son tan cristianas como yo, y que viéndote recordarán lo pasado, recuerdo que no será grato y...

–¿Qué hay? ¿Qué hay? –dijo Manuel, acercándose también–. ¡Ah! es Juan... mi sable... mi sable.

–Señores, ¡por Dios! –gritó Feliciano dirigiéndose a todos los concurrentes que solícitos andaban por los rincones buscando sus armas–, señores, que todo se apacigüe.

Súplica inútil, la zambra se había armado, las mujeres corrían despavoridas al aposento, su refugio en estos casos, y los hombres empezaron a tirarse tajos y reveses tan multiplicados, que solo se oía el choque del hierro contra el hierro, las velas caían tronchadas al suelo y pisoteadas se apagaban; la sala en este estado, los combatientes se dirigían y asestaban medio a oscuras todos los golpes. Feliciano no halló su sable, pero arrinconado a uno de los ángulos de la sala, se guarecía de los sablazos con un banco; los músicos encaramados en sus asientos, veían sus güiras y sus cuatros volar en astillas, y en medio de toda la gresca cada uno vomitaba los juramentos o exclamaciones que más habituales le eran.

Manuel, abrazado estrechamente por María, se desesperaba al ver a Juan tirando tajos y reveses a diestra y siniestra; pesábale a nuestro joven novio no ser el que estuviera midiéndose con el antiguo peón para vengar la herida recibida tiempo atrás, forcejeaba por desasirse de ella y los miramientos que ponía al ejecutarlo se lo estorbaba, hasta que un nuevo incidente ocurrido en la pelea le hizo exclamar:

–¡María, déjame, mira que es tu padre que se mide con Juan!

A estas palabras la joven dejó caer los brazos y Manuel pudo escaparse. Pero era tarde, aún no había dado dos pasos, cuando un hombre rodó por el suelo acogotado.

Era Tomás.

Cual un enjambre de ranas que a un brusco estruendo cesan en sus graznidos, se escabullen en sus escondrijos y se sepultan en el más profundo silencio, así nuestros contendientes cesaron su pelea y cayeron en el más profundo estupor, no solo al reparar el resultado de la pelea, sino la persona que había caído.

Mas este silencio fue de corta duración, y le sucedió de pronto el tumulto de la reunión que en masa quería ayudar a Manuel que levantaba el cuerpo de Tomás.

María, Teresa, y con las mujeres escondidas en el aposento, no podían juzgar lo que pasaba; sin embargo, el extraño silencio que sucedió les hizo suponer algún accidente desgraciado y se determinaron a salir; mas ¡qué espectáculo vino a herir la vista de entrambas a la vacilante llama de la única vela que quedaba!: el cuerpo exánime de un padre y esposo tan querido, cargado por los monteros. Cogidas así imprevistamente por tal desgracia, arrojaron gritos dolorosos y vinieron a caer sin sentido junto al cuerpo del criador.

–¡Qué linda noche de bodas tienen nuestros amigos! –dijo un vecino de Feliciano, mientras Manuel acomodaba el cuerpo expirante de su suegro en una cama–, ¡y qué golpe tan cruel hiere esta familia en el momento que creía ser tan feliz!

–Por mi parte –dijo otro que al lado se hallaba y era joven y soltero–, soy de opinión de suprimir el fandango el día que me pase por el magín casarme.

–¡Qué demonios! –replicó el primero–, ¿cree usted que estas desgracias estén ajenas al fandango? Entonces cada fandango supondría un homicidio.

–No lo digo por tanto –repuso el segundo–, pero mi parecer es que en cada fandango hay camorra, y apostaría mi cabeza que si la fiesta hubiese concluido en el almuerzo, no estarían ahora la pobre Teresa, Manuel y María llorando al pie de aquella cama.

–Para evitar esto es que está instituida la policía rural –dijo un tercero que pasaba por el docto del lugar–; para evitar esto

se han establecido los capitanes de partido, comisarios y demás agentes de la fuerza municipal, porque no se puede prohibir que el hombre se divierta ni tolerar que se asesine, así nada impide que un fandango se haga, pero también a quienes está encomendada la represión de los desórdenes, debían impedir escenas como la presente, y si a pesar de sus esfuerzos se desatiende en el calor de la pelea a su autoridad, debieran a lo menos apresar el homicida y entregarlo al rigor de la justicia.

–Y eso es precisamente lo que no ha sucedido ahora –volvió a decir el joven–, porque quien mató a Tomás fue Juan y de este no veo ni el polvo.

En efecto, Juan, no bien cayó Tomás, cuando aprovechándose del estupor general, se había escapado sin que nadie lo percibiese.

Si las proporciones de estos pequeños episodios no fuesen tan mezquinas y si nuestras luces pudieran llegar a la altura que la materia requiere, sin duda esto sería materia de una disertación político-filosófica muy grave y de serias consideraciones, porque ¿qué tristes no son las innumerables desgracias que resultan de las pendencias en los bailes de estos campos? Qué triste no es ver un padre perder un hijo, una esposa a su esposo, todo por el más fútil motivo, por una modulación más o menos gutural, por una copla a la que no se ha podido contestar, y digámoslo, empero, a la gloria y honor de los monteros, no es su naturaleza pendenciera que lo arrastra; no es un instinto feroz de destrucción que lo guía, pues son corderos, en tanto que no son excitados; pero sí, dos agentes que él mismo no conoce y un hábito cuya trascendencia él ignora.

La tradición, el aguardiente y el tener siempre un sable a su lado.

La tradición es la espuela que anima al joven a empeñar una pelea general por cualquier niñada. Si la civilización ha dulcificado las costumbres del hombre de Europa, los de estos campos sin semejante modificador, están aún en los primitivos tiempos del descubrimiento de la América, y dígasenos, ¿no era la fuerza brutal lo que campeaba más en los siglos pasados y se enseñoreaba sobre todo? El talento con su resplandeciente y pacífica aureola: el oro, poderoso señor, rey y emperador de todas las cosas en este siglo diecinueve, se inclinaban entonces ante la fuerza y eran hollados por ella. En pos del oro corren desolados hoy los hombres, en

pos de la fuerza corrían antes, hasta que la pólvora equilibrando la debilidad y aquella con la combinación del plomo y del salpetro, la hizo casi inútil y le substituyó la destreza.

Una de las tendencias más manifiestas de las costumbres luego que toman la pendiente viciosa, es bajar por ella con extraordinaria rapidez, en armonía sin duda con las leyes de las progresiones. El deseo de los jóvenes de hacer hablar de sí y no derogar de raza, se aumentó con el producido de muchos alambiques, y pronto los fandangos, fiestas en donde se hacía más uso del aguardiente, solo fueron bacanales y el teatro de cuantas disensiones podía haber.

Afortunadamente, a medida que el mal crecía se tomaban las medidas más propias para impedirlo, y la institución de los capitanes de partido opuso algún dique a las desgracias.

Sin embargo, esta era una medida incompleta, puesto que el capitán de partido no es más que el jefe de la fuerza armada, agente por consiguiente de la fuerza pública, pero en manera alguna competente ni en relaciones por su empleo puramente militar con el primer escalón en la jerarquía judicial, única hábil para conocer de los crímenes y delitos de los ciudadanos.

Entonces, pues, resultó la institución de los comisarios rurales, complemento de la primera medida (esto es, si la primera no lo es de esta última), y en nuestro concepto la parodia del alcalde y comandante de armas, del presidente y el congreso; a esto se agregó la legislación francesa sobre los *gardes champetres* y reglamentos parciales en cada jurisdicción, es decir, cuanto posible era de hacer.

Pero siempre quedaron los dos agentes y aún no han sido destruidos: la tradición que ha degenerado en costumbre, y el aguardiente, cuyo uso ha pasado a los enfermos como se propinan las tisanas, es decir, por agua común.

Y ahora bien, destruid una costumbre o quitad el agua a un pueblo sediento, más fácil es quitar al sol sus rayos.

Por eso al calcular el mal y al intentar exponerlo, decíamos que no cabía en el mínimo cuadro de una novela y que necesitaba otras luces a las que poseemos para hacer meditar concienzudamente, puesto que como una costumbre perniciosa, la materia pasaba

al dominio de los hechos que sirven de meditación al moralista y al político.

Objetos físicos y morales, todos, todos presentan dos fases: una gloriosa, brillante, hermosa; otra fea y repugnante. La costumbre de que hablamos no es efecto de estas últimas, cuando en medio de deudos y amigos se enciende una pendencia que deja muerto a uno, mutilado a otro, viuda a aquella, huérfano a esotro, y todo por los motivos ya dichos; pero ¿qué es lo que hace el dominicano tan superior en el sable cuando hace uso de él en la guerra? La misma costumbre. Habitado a cargarlo desde niño y a servirse de él en las pendencias, no hay quien pueda resistirlo, ni quien lo maneje con más brío y destreza; tampoco puede temerle, porque frecuentemente lo ha amenazado sin causarle daño.

En presencia de estas dos fases abandono la cuestión al filósofo, mientras sin decidir accesorio tan arduo salgo por las puertas de este capítulo en seguimiento de nuestros novios.



CAPÍTULO IX

Yo te saludo, ¡oh, luna de miel!, paraíso de tres meses, principio de la segunda era del hombre, mar bonancible cuya calma encubre a veces tantas borrascas. Yo te saludo y te proclamo suprema, y tal vez única felicidad del hombre en este tránsito de la vida.

Aparte de aquellos primeros días del matrimonio de dos viejos; lejos y bien lejos los tres meses del matrimonio de conveniencia metálica; afuera el matrimonio de los monarcas y príncipes casados por la política; eso no es luna de miel, eso es a lo más su parodia, y aún muy triste. La luna de miel necesita amor, y quien dice amor dice un mundo; necesita juventud, savia, salud, y entonces ya no se habita la tierra, pero un edén, un encanto.

Aquí las oficiosas complacencias, las abnegaciones más increíbles se ejecutan, dos individuos concentrados recíprocamente viven retirados, huyen del mundo y de sus exigencias; cualquier visita es mal venida, un acontecimiento que tienda a la separación aun momentánea es importuna; la concentración es absoluta, los dos dirigen sus conatos a tener una sola opinión, un mismo deseo, si Dios oyera sus ruegos, la fábula de Afrodita se realizara en ellos, y luego las caricias, antes maniatadas, ya son libres con el nuevo estado, y son prodigadas, recibidas y devueltas por un objeto todavía adorado.

Yo te saludo, pues, luna de miel, y te proclamo suprema felicidad.

Aunque la muerte de Tomás había terminado con lágrimas y desesperación unas bodas con promesas tan lisonjeras, ¿cómo era posible suponer que el dolor de María, por profundo y agudo que fuese, resistiera a los consuelos que el amor le brindaba? En plena luna de miel no hay pesares, y en caso que existan, son

prontamente si no borrados de la mente, a lo menos mitigados. María lloraba a Tomás, pero una caricia de Manuel enjugaba estas lágrimas, y por fin el tiempo haciendo su oficio, el sentimiento dulce dominó.

Cumplidos los nueve días del duelo por la muerte del criador y hallándose reunida en la sala toda la familia, Teresa habló a Manuel en estos términos:

–Bien sabes, querido Manuel, que he quedado viuda y desamparada, por consiguiente, de mi natural sostenedor. Había sido resuelto que después de tu matrimonio fueses a vivir con tu padre, pero ¿cuánto más justo no será que te quedes a mi lado, acompañes y protejas a la pobre anciana que no tiene quien por ella sea? María, acostumbrada a dirigir la casa, ¿podrá acomodarse separada de mí? No lo creo; las fatigas caseras yo se las ayudaré a compartir, y los hijos que Dios mande a entrambos, serán sin duda una distracción que mitigará mi eterno dolor. Por consiguiente, repara y oye la súplica que te hago, de no dejarme sola atendiendo a los multiplicados cuidados que mis demás hijos y la conservación de lo dejado por Tomás me imponen, y que mejor comportan las robustas fuerzas de dos jóvenes, que las débiles y escasas de una mujer ya achacosa. Todo lo que aquí hay y todo lo que pertenecía a Tomás será tuyo, lo entrego a ti y lo confío a tus cuidados y atenciones; en fin, todo lo doy, y únicamente me reservo el amor de ustedes que como no me faltará de nada me dejará carecer.

–Madre mía –contestó Manuel–, permítame darle este nombre en adelante, estoy dispuesto a cumplir su voluntad y hacer cuanto usted ordene, con más razón una cosa justa y racional como la que pide, sin embargo, antes de ejecutarla consultarémosla con mi padre.

–Bien pensado, querido Manuel –dijo María–, aunque estoy convencida que León en vez de oponerse se prestará gustoso a fin de no dejar a mi madre en esta soledad.

Resuelto lo dicho pasó en consulta a León, y este dio su aquiescencia gustoso y francamente, resultando la instalación definitiva de los nuevos casados, lo mismo que el transporte de muchos animales de crianza de propiedad de Manuel, cuyo pastoreo se efectuó en breve tiempo.

El cielo bendijo la unión de nuestros dos jóvenes dándoles un robusto y hermoso niño que completó su dicha, y a quien la madrina, que fue Teresa, puso el nombre de Tomás.

En un matrimonio dichoso, los días se suceden sin variaciones. El tiempo marcha, los sentimientos se modifican, pero la felicidad, si es que la hay en este mundo, la acompaña. Decimos, si es que la hay en este mundo, porque muchos, por ejemplo Rousseau, definen la felicidad como el ser menos infeliz, proposición negativa que tiene una exactitud desesperante, con la cual es preciso convenir.

La luna de miel, como todo tiempo dichoso, pasa rápida e insensible, síguele la calma en unos y la saciedad en otros, viene después lentamente la estimación recíproca y la amistad o bien el conocimiento de los defectos ocultos, la intolerancia y los disgustos que bien pronto se truecan en enemistad, repugnancia, odio, separación o por lo menos imposibilidad de vivir en armonía.

Manuel y María tuvieron la dicha de tomar la primera senda, y los años transcurrían hallándolos en esa quietud patriarcal que proporciona la vida del campo a las personas acomodadas.



CAPÍTULO X

Cuatro años habían transcurrido desde la muerte de Tomás. Manuel se hallaba ausente en el Macorís, donde había ido a comprar algunas cosas de la familia. María y Teresa habían quedado con las demás muchachas. Era de tarde, y Tomasito que principiaba a andar, se empeñaba en seguir dando traspies alrededor de Manzanilla, que gravemente sentado en las patas traseras, sacudía las orejas cada vez que el niño se las agarraba. María, sentada sobre uno de los troncos de ceiba en el umbral de la puerta del patio, desgranaba en una petaca algunas mazorcas de maíz, interrumpiendo de cuando en cuando su tarea para seguir con la vista momentáneamente los caprichosos movimientos de su hijo, mientras que Teresa a su lado hilaba un copo de algodón.

–Madre –dijo la joven–, ¿recuerda usted a Juan?

–Qué pregunta –contestó Teresa–, si ese hombre es mi pensamiento fijo, ¿acaso el mal que me causó es de aquellos que olvidarse pueden?

–Así también me sucede –contestó María–, aunque confieso que la compañía de mi marido mitiga ese doloroso recuerdo, sucediendo que cuando como ahora se halla lejos, la idea de los disgustos que su amor y su venganza sin motivo me causaron, se aumenta con los que si existe aún puede causarme.

–Son de esperar en esta vida –contestó Teresa–, cuantas calamidades sean posibles; no en balde llaman al mundo *valle de lágrimas*, y yo soy un triste ejemplo de lo que un malvado como Juan es capaz; a pesar de todo, cuatro años hace que no sabemos su paradero, y aunque puede existir, el lamentable suceso que lo hizo desaparecer, me hace esperar no quiera volver por estas cercanías.

–Así lo quisiera yo creer –volvió a decir María–, aunque la misma ignorancia en que estamos de su paradero me hace suponer que está haciendo de las suyas, y que podremos algún día ser otra vez sus víctimas. Un hombre que vive tranquilo tiene un domicilio; todo el mundo sabe dónde mora y puede dar razón de él; por lo demás, lo que usted dice es lo que me tranquiliza. Juan no puede volver aquí sin que el capitán de este partido lo coja y lleve a la cárcel.

La vista de un hombre a caballo que de lejos se percibía en los recodos de la playa suspendió la conversación; bien pronto el jinete acortando la distancia que lo separaba del bohío con un mediano trote, nuestros interlocutores conocieron a Manuel, y a poco rato un abrazo pagó el tedio y los temores de la ausencia.

Cuando Manuel hubo acariciado a Tomasito, desaparejado y entregado su caballo al hijo mayor de Teresa, y por fin puesto en su lugar los arreos del viaje, procedió a sacar de los macutos sus compras en el pueblo. Estas eran sencillas: seis varas de algodón azul para Teresa; cinco varas de percal y siete de zarazas para María; dos retazos de listado para Tomasito; catorce o dieciséis varas de otras telas fuertes y propias al trabajo, para él y los dos hermanitos de María; un frasco de aceite, una botella de aguardiente y algunas agujas componían todo lo comprado. Así que hubo explicado a María el destino que se había propuesto dar a cada pieza, esta las cogió todas, las guardó en el cajón carcomido y puso la cena a su esposo.

Si hay apetito que pueda pasar por proverbial es el del montero, oficio que obliga a una locomoción perpetua, y por consecuencia a una actividad relativa en todos los órganos en que la parte del estómago no es la menor. Digerir una libra de carne y dos plátanos es cosa de todos los días, así es que Manuel engullía los huevos y plátanos maduros fritos que tenía por delante con una velocidad que hubiera agotado una menos abundante cena. Afortunadamente, este apetito creído general, es conocido de sus mujeres y toman las medidas propias a satisfacerlo, y un viajero que recorra estos lugares, recordará al ver las mesas lo que se cuenta de la hospitalidad de nuestros antepasados, conservada en medio de los monteros, en su desinteresada abundancia e íntegra simplicidad.

Los hábitos se transmiten de generación en generación, y solo aguardan para ingerirse en la familia, que el hijo ocupe la posición del padre. Manuel, heredero de la posición de Tomás, adquirió los mismos hábitos, y cuando concluyó la cena, la vieja hamaca del criador lo recibió fumando su pipa.

–Nada se puede comprar en el pueblo según está de cara cualquier bagatela –dijo, meciéndose suavemente después de haber aspirado tres o cuatro bocanadas–, y si esto sigue no sé cómo harán los pobres para vestirse.

–¿Y qué tal –dijo Teresa–, nuestro Cura se halla bueno?

–Bueno y gordo –respondió Manuel–, hete ahí un hombre a quien aprovecha lo que come, y a propósito del Cura, adivinen qué encuentro tuve en la puerta de su casa.

–¿Cómo hemos de adivinar? –contestó María.

–Pues bien, ¿sabes que vi a Juan?

Este nombre produjo en las mujeres la sensación que era de esperar.

–Figuraos –continuó Manuel–, que habiendo ido como de costumbre a besar la mano a nuestro Cura, al momento de decirle adiós, parado en la puerta, veo pasar una escolta conduciendo a un hombre, atados los brazos a la espalda. Por de pronto no le conocí, por una herida que le partía la nariz hasta la boca, herida que sin duda atrapó en sus otras fechorías, pero mirándole más despacio reconocí a Juan.

–Ved ahí –me dijo el Cura–, un malhechor como hay pocos; es un hombre abandonado de la mano de Dios, y que no se ha cansado de hurtar.

–Toma –dije yo–, también ladrón.

–Archiladrón y asesino –replicó el Cura–: ¿acaso lo conocéis?

–Mucho que sí –contesté yo–, ese fue quien mató a mi suegro.

–Eso también –exclamó el Cura–; Jesús, Dios mío, ni aun verlo quiero, tanta repugnancia me causa.

–¿Y adónde lo llevan?

–A la cárcel central de la provincia, donde quedará tal vez por toda su vida.

–Loado sea Dios –dije yo entre mí–, ya sabemos dónde está mi enemigo, y mi familia podrá vivir en paz.

Esta noticia causó alegría a las mujeres, aunque en Teresa, temperada por aquel sentimiento evangélico que abriga el que mucho ha sufrido, y que le da un fondo de conmiseración por los que causan un mal a sus semejantes.

Al otro día, vuelto a sus faenas cotidianas, Manuel venía de visitar sus siembras, cuando encontró en el bohío un mensaje de su madre que le traía la noticia de hallarse su padre enfermo gravemente. Nuestro montero montó a caballo y partió angustiado por tan triste nueva.

Las mujeres solas y haciendo comentarios sobre el estado de León, concluyeron sus quehaceres del día y María quedó en la cocina ya tarde, dándole la última mano a la cena, mientras con una larga vara terminada en horquilla sacudía una rama al naranjo del patio para hacer caer una de sus frutas, que es el vinagre de los monteros. María percibió internándose en el bosque una sombra fugitiva que el último crepúsculo permitió conocer por un hombre, aunque la misma semioscuridad en que yacía le imposibilitaba determinar la persona. Sin embargo, el aire cauteloso y los movimientos inquietos del individuo la impresionaron; María tuvo miedo y al acostarse comunicó sus temores a su madre, quien procuró desvanecerlos con razones si infundadas, a lo menos hijas del deseo de inspirar seguridad y confianza.

–Y si es Juan, madre.

–Pero hija, ¿no oíste lo que dijo Manuel sobre la manera que lo conducían a Santiago?

Mas a pesar de esta seguridad, María apenas durmió.

Manuel ausente, la esposa iba al conuco con el hermano mayor, veía las siembras y cosechaba los plátanos y legumbres necesarios para la comida del día.

Por la mañana María fue al conuco, y cuando volvió encontró en el bohío a Feliciano conversando con Teresa, que lo escuchaba con semblante lloroso.

–Buenos días, padrino –dijo la joven.

–Felices, ahijada –contestó Feliciano, abrazándola cordialmente.

–¿Qué nuevas lo traen tan de mañana, padrino?

–Malas y muy malas, querida, acabo de darlas a mi comadre y ya veo cómo la han entristecido.

–El padre de Manuel...

–Ayer murió y mucho me temo que mi ahijado haya ido solo para asistir al entierro.

Las lágrimas se asomaron a los ojos de María, pues solo había recibido muestras de bondad y afecto de León.

–Pobre Manuel –dijo–, helo aquí sin padre como yo.

Un silencio de un momento sucedió a esta exclamación.

–Pero no es todo, ahijada, aunque deba aumentar nuestra tristeza, es necesario que os dé parte para precaveros de otra noticia aún más alarmante.

–¿Otra?

–Sí, Juan anda por la sección.

–Ya lo ve usted, madre, cómo no me habían engañado mis presentimientos –dijo María a Teresa, que bajó la cabeza consternada.

–¿Qué queréis decir, ahijada?

Entonces María contó a Feliciano haber visto un hombre ocultándose en el bosque en la tarde anterior, y aunque no lo conoció, la noticia que acababa de darle la confirmaba en la aprensión que tuvo de ser Juan.

–Sin duda que es ese bribón –dijo Feliciano–, pues antes de ayer escapó en Cenobí a la vigilancia de la escolta que lo conducía a Santiago, pero paciencia, lo cogemos; el capitán de la sección ha recibido orden de cogerlo vivo o muerto, y ya le daremos qué hacer; voy a darle esta noticia –continuó levantándose para partir–, a fin de que las pesquisas se hagan de este lado. Adiós.

–Padrino –dijo María–, no nos abandone. Usted sabe la dilación que pone el capitán para esas cosas y tal vez mañana será que él vendrá por aquí, y yo tengo mucho miedo para estar sola.

–Cierto es que el capitán es pesado –contestó Feliciano–, pero en todo caso yo vendría a dormir aquí hasta que Manuel llegue.

Esta promesa consoló a María y bien le salió con sostenerla, pues que por la tarde Feliciano vino a dormir al bohío por no haber sido posible al capitán reunir la gente que debía acompañarlo hasta el otro día.

Amaneció este, y como era de suponer que la pequeña tropa tomaría descanso en el bohío antes y después de sus pesquisas,

previa la orden de Teresa, Feliciano mató un cerdo. Esta operación la efectúa el montero como un diestro impresor compone o distribuye las páginas de un libro en 18.^{vo}, es decir, con una velocidad digna de elogio, pero es de reparar que solo considera digna de comerse la grasa y las viandas; las tripas, el cuero, la sangre, todo se echa a los perros, que sabiéndolo, circuyen al montero ocupado en desollar y destazar.



CAPÍTULO XI

A cababa Feliciano de colgar en la cocina el último trozo cuando el capitán, seguido de alguna gente, entraba en el bohío y saludaba a sus habitantes; mientras María le indicaba por dónde había visto al prófugo y que el capitán hacía conjeturas para poder guiarse, Feliciano se lavaba las manos y se apretaba el cinto de su sable para acompañarlo. Las mujeres los dejaron ir, y cuando volvieron a la cocina repararon en que no había plátanos para la comida de los monteros ni quién por ellos fuera, pues el hermano de María que siempre la acompañaba en este oficio, halagado por un suceso semejante y con la curiosidad de los muchachos, había, sin ella saberlo, precedido a los monteros. Aventurarse al conuco, a pesar de un socorro probable, atemorizaba a María, que la idea de Juan cerca de su persona le trastornaba la cabeza. Fuerza le era, sin embargo, ir a buscarlos so pena de no tener comida a la vuelta de la gente. María se decidió, tomó de la mano a su otro hermanito de siete años, cogió un machete de trabajo para cortar el racimo, y se internó en la senda que llevaba al conuco. Mil temores la asediaban; el ruido de los árboles, mecidas sus ramas por la fresca brisa del mar, la hacía estremecer; por de pronto el ruido seco de un objeto pesado que cae al suelo la deja inmóvil, no se atreve a volver la cara y aguarda por momentos la presencia del hombre que teme.

—María, déjame coger aquel coco que acaba de gotear.

Estas palabras de su hermanito la vuelven en sí y la hacen cobrar valor, coge la mano del muchacho que contento vuelve con la fruta que acaba de caer, y con apresurados y temerosos pasos llega al conuco, entra en el platanal y derriba un racimo ya en sazón, pero una voz bronca, una voz bien conocida suena a su oído, Juan se le acerca y le dice:

–¿Habéis creído, María, que yo podía olvidarte? Si así lo has pensado ha sido un error tuyo. La desagradable muerte de tu padre y otros contratiempos me habían imposibilitado acercarme a ti y decírtelo; también esperaba que el amor que tenías a Manuel se apaciguase, pero ya que la ocasión se presenta tan favorable y que el tiempo no es bastante para gastarlo en prosa, tengo extremo gusto en decirte que es preciso que hoy decidamos aquella larga querrela que tenemos pendiente desde hará cinco años; en fin, hoy, ahora mismo, se sabrá si yo he de poseerte o no.

–Será posible, Dios mío –dijo María, cruzando las manos en actitud de plegaria–, que el asesino de mi padre...

–Detente, María –replicó Juan–, ya sé que vas a soltar la tarabilla y a decir mil boberas; yo no fui asesino de Tomás; reñimos, ambos teníamos un sable en el combate.

–Váyase usted, Juan, váyase, no tiente a Dios.

–¡Irme, irme! ¿Juzgas que ando aún aquí por solo el placer de andar? No. Antes de anoche no fui al bohío porque hasta ayer no supe que Manuel estaba ausente; anoche, si Feliciano no hubiera dormido en él hubiera sucedido lo que quiero ahora suceda.

–¡Socorro, Dios mío! –dijo la joven, sintiéndose agarrar, luego cobrando fuerzas en su misma flaqueza por una enérgica resolución:

–No, no –dijo–, antes me mataréis como habéis matado a mi padre.

–Ahora lo veremos –dijo Juan.

Y una lucha, desesperada por parte de María y espantosa por parte de Juan, se trabó entre los dos.



CAPÍTULO XII

El capitán y su gente entrando en la selva, habían dado algunos pasos en ella, cuando Feliciano, deteniéndolos, dijo al primero:

–Capitán, el marchar apelonados se me figura no dará otro resultado que tener menos probabilidades de coger a Juan, hombres cual este ven de muy lejos y tienen el oído fino; por consiguiente sería mejor que nos separemos en cuatro escuadras, rodeemos el monte y entremos por cuatro puntos diferentes a reunirnos en el centro.

–Caramba –contestó el capitán–, usted parece que ha hecho la guerra, Feliciano, puesto que me da un consejo de ataque tan combinado.

–Perdone –dijo, con aire suficiente Feliciano–, en el año 1809, cuando el sitio de Santo Domingo, me hallé en el ataque de San Gerónimo bajo las órdenes del capitán Sandoval, oficial valiente, a fe mía, que en medio del fuego se terciaba el sombrero con aire sandunguero. Buen tiempo era ese, y aunque los franceses nos caldearon un poco, siempre se logró nuestro intento.

–Y ahí fue que usted aprendió sus planes de ataque –dijo un montero.

–No fue ahí ni en parte –contestó Feliciano–; yo he dado una opinión; ahora si es mala, haced lo que mejor os parezca.

–No es mala, caramba –dijo el capitán–, y voy a ponerla en práctica. Tú, Cortorreal, coge la playa con cuatro hombres y entra por Caño Colorado. Usted, teniente Pacheco, coja con tres por el sur, llegue hasta la Madre Vieja del Helechal y revuelva por el interior. Usted, Feliciano, quédese aquí con cuatro hombres, hasta que yo dé vuelta al conuco y entonces diríjase al centro.

Nos encontraremos al pie de las dos matas de coco que están en medio del monte.

Dicho esto se separaron cada uno por el lugar indicado.

Volvamos ahora al conuco.

El hermanito de María, espectador de las angustias de su hermana, creyendo que Juan pretendía matarla, corrió dando gritos en dirección al bohío; dábale el miedo alas y en un instante se halló fuera de la cerca y en la senda que conducía a la casa.

-¿Qué te han hecho, muchacho? -le gritó el capitán que a la sazón atravesaba del bosque con la parte de gente que se había reservado para hacer lo proyectado-; ven acá y dime por qué lloras.

-A María la está matando un hombre en el platanal -contestó el muchacho sollozando.

-Apuesto que es ese demonio de Juan -dijo un montero-; Capitán, a él, al platanal.

Y sacando sus sables, corrieron al lugar indicado por el muchacho.

Era tiempo que este socorro llegase, porque María en la agonía de sus fuerzas, el cabello suelto y aporreada, solo oponía al brutal ataque de Juan la última resistencia de la desesperación aniquilada. El estrépito de la carrera de los monteros, el rompedero de las hojas de plátanos que en la precipitación no evitaban, había pasado desapercibido de Juan, quien agujoneado por los deseos, reconcentrado en su frenesí y viéndose al obtener el objeto de la lucha, olvidaba el mundo entero. En esta posición fácil les hubiera sido cogerlo, si al percibirlo no hubiesen prorrumpido en votos y juramentos que la cólera les arrancaba. Entonces emprendió la fuga perseguido por todos a la vez, salvaron las empalizadas y se internaron en el bosque. Cual un jabalí acosado por los perros, Juan dirigía su torva mirada a la distancia cada vez más larga que ponía su carrera entre él y sus perseguidores, las dificultades del terreno mucho lo favorecían, y hombre que teme ser cogido dobla su natural velocidad y lleva mucha ventaja a quien lo persigue: muchas veces los monteros lo habían perdido de vista, y Juan esperaba escapar, cuando se sintió agarrar y detener en medio de su carrera por la mano fuerte de Feliciano. Tal un caballo brioso, lanzado al galope, obedece a la diestra mano que lo dirige, pliega los corvejones, sacude el freno y se para, así Juan detenido por

la vigorosa mano que inopinadamente lo agarra, se encorva por su impulso, se echa hacia atrás y saca su sable, pero un furioso machetazo lo derriba sin vida.

–Tal había de ser el fin de este pecador –dijo Feliciano a Manuel que acababa de hacer este golpe–, mató él a Tomás sin merecerlo, y debía ser el marido de su hija, el protector de su vida, que debía matarlo.

Manuel había ido, como dijimos, a ver a su padre, pero la noticia de su muerte era demasiado cierta; la tarde que lo enterraron llegó, y pasó dos días llorando y consolando a su desconsolada madre. Más días la hubiera acompañado si la noticia de la evasión de Juan no llegara a su oído por medio del capitán de ese partido a quien había sido pasada la circular concerniente al caso y que en su visita de pésame la contó. Saberlo y montar a caballo todo fue uno; prometió a su madre volver pronto, y llegó al bohío al tiempo que María estaba en el conuco.

Teresa le contó la batida que hacía el capitán, y el intrépido joven no quiso permanecer en casa y se puso en campaña. Dio la casualidad de topar con Feliciano y su gente en el mismo instante en que Juan todo azorado por la persecución caía en este grupo y era agarrado por Feliciano, entonces al verlo sacar el sable no pudo contenerse, sacó el suyo y sucedió lo que ya dijimos.

Los monteros, convencidos que fueron de la muerte de Juan, cortaron cuatro gruesas ramas, y aguzando sus puntas a guisa de coas, cavaron una sepultura para enterrarlo, luego se encaminaron al bohío donde encontraron a María no bien repuesta del susto, y que cayó en los brazos de su esposo, con el sentimiento que debe experimentar el náufrago que arriba a una playa conocida, después de la borrasca en que ha estado a pique de perder la vida.

El montero, de Pedro Francisco Bonó, de la colección «Clásicos Dominicanos, Serie I. Narrativa», del Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña, se terminó de imprimir en noviembre de 2017, en los talleres gráficos de Editora Búho, con una tirada de 2,000 ejemplares. Santo Domingo, República Dominicana.



INSTITUTO SUPERIOR
DE FORMACIÓN DOCENTE
SALOMÉ UREÑA

COLECCIÓN CLÁSICOS DOMINICANOS
SERIE I. NARRATIVA

ISBN 978-9945-8972-2-7



9 789945 897227